E. R. de Battolla

Heroínas Americanas

EPISODIOS - ANÉCDOTAS - ACCIONES HERÓICAS



PÁGINAS INMORTALES

EL LIBRO DE ORO DE LA MUJER AMERICANA

HEROINAS AMERICANAS

POR

ELVIRA REUSMANN DE BATTOLLA

Episodios, Anécdotas, Acciones Heróicas

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana.
J. Maria Gutierrez



BUENOS AIRES
—
Librería Argentina de Enrique García
—
611-Carlos Pellegrini-611

PREFACIO

En la série larga de las edades del mundo y del hombre, la mujer ha sido siempre la blanca y esplendorosa corona de flores, de gloria y de luz con que las naciones han adornado su frente.

Ella fué María concibiendo á Jesús que debía regenerar al mundo.

Ella fué Safo, muriendo entre las ondas amargas del Leucades para ahogar allí su tormento y conservar su virtud.

Ella fué Telesila que salvó su pueblo natal, atacado por Cleomenes, poniéndose á la cabeza de las mujeres armadas.

Ella fué Judit que expuso su vida por libertad á su patria, cortando la cabeza de Holofernes.

Ella fué Cornelia, la madre de los Gracos que dieron, como los Espartanos, tan grandes ejemplos de abnegación al orbe.

Ella fué, en fin, Esther, Semirámis, Débora, Cleopatra, Lucrecia, Juana de Arco, Janequeo,—estrellas luminosas que brillarán por siempre en el espacio de la Historia, iluminando con sus destellos el camino del hombre que busca su luz...

Y aquí en América, ¿que ha sido la mujer?

¡Lo ha sido todo!

Buscadla durante la época de la conquista, ó en las invasiones, y la hallareis osada, intrépida, avasalladora.

Vedla en el glorioso cuadro de la Revolución de la Independencia, y la encontrareis sublime en la exaltación de su patriotismo, de su entereza cívica, de su magnanimidad.

Observadla en el seno del hogar, y la vereis sufrida, abnegada, generosa, honorable, virtuosa siempre!

La mujer americana es altamente civilizadora!

Por eso reclamamos para ella, en este libro, escrito con verdad histórica y sin pretensiones literarias, toda la justicia á que se ha hecho acreedora por sus virtudes cívicas y morales.

*
* *

¿Cuál es el objeto de este libro?

Hacer revivir en las almas juveniles las tradiciones del heroismo y de las virtudes que anidaron en el de la mujer americana, antes y después de la independencia.

Propagar y difundir esa enseñanza histórica que resulta de sus acciones, como el medio más eficaz de propender á su educación cívica y moral, corrijiendo vicios políticos y sociales.

Y por último, formar con los nombres de esas heroinas, poco conocidas unas y muchas ignoradas, un ramillete inapreciable para depositarlo en el santuario donde veneremos á la deidad que personifica á la tierra americana en que nacimos, y que recordará á las generaciones más remotas los sacrificios, las hazañas, los milagros de valor con que supieron redimir su patria opresa del extranjero invasor.

E. R. de B.

Julio de 1910

I

INVASIONES INGLESAS

LA PRIMERA HEROINA

Entre el número infinito de acciones heroicas y generosas que abrillantan las cruentas luchas por la independencia de América, difícil es elegir el episodio más resaltante.

Aun antes de la Revolución de Mayo se proporcionó á las bravas porteñas una ocasión brillantísima de señalar su consagración patriótica al país de su nacimiento.

Las invasiones inglesas de 1806 y 1807 desenvolvieron en ellas el gérmen de esta virtud, que se propagó bien pronto á todo el continente americano, cuan vasto es. El tímido bello sexo no trepidó en disputar á los hombres el honor del ardimiento marcial.

El Deán Funes en su "Ensayo Histórico sobre Buenos Aires" consigna que hubo mujer cuyo postrer adiós fué decir á su marido: "No creo que te muestres cobarde, pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban."

¡Cuánta grandeza de alma, cuánta abnegación y patriotismo en estas sentidas palabras que ponen de manifiesto el temple viril de las mujeres de aquella época!

Los mismos ingleses, testigos oculares de hechos prodigiosos durante los días 10, 11 y 12 de Agosto de 1806, en que fué reconquistada esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Buenos Aires, ocasión tuvieron de conocer, y han confesado, que no es fácil exceder la bravura, el denuedo, y—con el vencido—la generosa hospitalidad de las porteñas.

Estas, durante cuarenta y ocho horas de combate sostenido, hicieron tan intrépida resistencia que los aguerridos soldados de Berresford en número y disciplina infinitamente superiores á nuestros criollos, se vieron obligados á capitular dentro del mismo Fuerte. Por ventanas, balcones y azoteas arrojaban piedras, agua hirviendo, aceite, ladrillos de adobe y cuanto objeto ó mueble pudiera causar avería al enemigo. Y cuando no tuvieron ya que tirar, no satisfechas aun con exhortar á los hombres á sucumbir antes de rendirse, precipítanse en medio á la refriega, sin más armas que su arrojo ni más coraza que sus varoniles pechos que oponían á los invasores con indescriptible heroismo.

En lo más enconado del combate, cuando cerca de quinientos entre muertos, heridos y moribundos por las calles de esta ciudad atestiguaban el encarnizamiento de la lucha, una oscura mujer del pueblo, vestida de paisano, se lanza á la brega por entre granizada de proyectiles, y percibiendo á través de la densa neblina, oscurecida por el humo, á su marido que se bate denodadamente á la cabeza

de un pelotón de Patricios, corre á su lado, arengando á la tropa con admirable entusiasmo y serenidad.

—¡Valor y avancen, que yá los ingleses se acoquinan!—les grita entusiasmada Doña Manuela Pedraza, que no era otra esta heroica defensora, álias *la Tucumanesa.*—¡Otro esfuerzo, que la victoria es nuestra!

Y así era en efecto.



«En lo más enconado del combate, una oscura mujer del pueblo, vestida de paisano...»

Dib. de Villalobos.

Pero de pronto, entre el clamoreo incesante de *¡avancen! ¡avancen!* repetido por los defensores de la plaza y los chicuelos de barrio,—entre los que no pocos, descalzos y embarrados, acarreaban municiones en sus raídos ponchitos,—un grito indescriptible, un grito salvaje como el de leona que vé morir á su regio consorte, escápase del pecho de la Pedraza al ver caer atravesado de un balazo al bravo compañero de su vida.

Loca de dolor, arrasados en lágrimas los ojos, se arroja de un salto sobre el cuerpo inanimado de su infeliz marido y después de imprimir sobre su frente pálida un beso prolongado y cariñoso como postrer ofrenda de su ternura, le arranca el fusil de entre las yertas manos, aun cargado, y clamando á gritos *¡venganza!* lo dispara sobre el matador, que cae como fulminado por la certera bala de la *Tucumanesa.*

Un alarido de triunfo resuena entonces como sonoro clarín por sobre todo aquel tumulto ensordecedor: la esforzada mujer ya se ha vengado! Pero no está satisfecha aún: le falta añadir un nuevo mérito á las gracias de su sexo. Febricitante, ciega de dolor, pero con temerario arrojo que el éxito de su acción agiganta, se precipita sobre el rifle caído de las manos del inglés que acaba de matar, y alzándolo, corre al Fuerte á presentárselo á Liniers como trofeo de guerra.

El General vencedor, al considerar tanta heroicidad en una débil mujer, la recompensa con el grado de *Alférez y goce de sueldo,* recomendándola luego en el parte á la Metrópoli, con estas lacónicas palabras:

"No debe omitirse el nombre de la mujer de un Cabo de Asamblea, llamada *Manuela la Tucumanesa,* (por la tierra de su nacimiento) que combatiendo al lado de su marido con sublime entereza mató un soldado inglés del que me presentó un fusil";—agregando: "pero este acto de heroismo pudo haber tenido principio en los ejemplos de primera excepción con que mi Señora Doña Josefa Morales, Gobernadora de Montevideo, y Doña Francisca

Huet, digna esposa del Comandante de la Colonia don Ramón del Pino, han contribuído infinitamente con sus dádivas y exhortos al entusiasmo y exaltado denuedo con que nuestras tropas han ido á buscar y vencer al enemigo, despreciando fatigas, tempestades y balas.''

Cuando poco después el poeta Rivarola (Capellán del Fijo) publicó su *Romance Heroico de la Reconquista de Buenos Aires,* escrito ''en verso corrido para que se acomode mejor al canto usado en los comunes instrumentos'' los bardos populares de aquella época, al relatar los hechos más culminantes de esta grandiosa epopeya, recordaban piadosamente el de Manuela Pedraza, con la siguiente estrofa:

. . . .

A estos héroes generosos
Una amazona se agrega
Que oculta en varonil traje
Triunfa de la gente inglesa:
Manuela, tiene por nombre;
Por patria: tucumanesa.

Indudablemente, la hazaña de esta heroica mujer merece pasar á la posteridad.

Recordemos aquí su nombre como el de la primera heroina americana del siglo XIX.

INSIGNE PROEZA DE UNA CRIOLLA

Un rasgo característico de la defensa popular durante el asalto que trajeron los ingleses á la plaza de Buenos Aires el 5 de Julio de 1807, es el que pasamos á narrar especialmente, pues se trata de una proeza insigne llevada á cabo por una de nuestras criollas, con tanta astucia como serenidad.

Doña Martina Céspedes, arrogante porteña, graciosa y fornida sin ser bonita, tendría por entonces cuarenta y cinco navidades y era madre de tres hijas que semejaban tres botones de rosa. Mujer del pueblo no había querido, como otras muchas, dejar abandonada su casita en esos días de prueba que preparaban el espíritu nacional para una más larga y cruenta jornada al través de toda la América. Pero sí quedaba en ella con sus tres hijas, dispuesta á defenderla del avance de los reincidentes invasores con todo el ardimiento de la fogosa raza á que pertenecía.

Iniciado esa mañana el tiroteo por *el barrio del Alto* ó de San Telmo, los ingleses, á hormigas coloradas parecidos, iban ganando terreno de casa en casa. A cada instante se detenían á beber en alguna pulpería ó negocio abandonado que encontraban al paso, y así la columna de petos colorados, si bien avanzaba gradualmente, iba dejando en cambio muchos ébrios rezagados.

Cerca ya del medio día, una docena de éstos, armados con sus fusiles y bayonetas, cayó á la casa de Doña Martina pidiendo con voz aguardentosa algún licor con que satisfacer la sed.

—¡Cómo no, mister, con mucho gusto!—díjoles la criolla en tono varonil y entreabriendo con precaución solo el cuarto de hoja superior de la puerta. —Ya les voy á dar aguardiente, todo el que quieran, pero no vayan á entrar juntos porque el despacho es reducido. Pasen de á uno y cuando las muchachas hagan seña.

Los ingleses, sea porque tenían orden severísima de no hacer violencia al pueblo, ó por que se les iban los ojos trás de las lindas hijas de Doña Martina, el caso es que á pesar de la borrachera que tenían encima no profirieron un solo denuesto ni cometieron el más insignificante desmán.

—Que entre uno!—dijo la menor de las Céspedes, señalando con el dedo para ser mejor entendida.

Y un inglés, dando traspiés, penetró al interior.

—Que pase otro!—repitió la misma, un minuto después.

Al poco rato, los doce ingleses habían traspues-

to aquella puerta fatal por la que no volverían á salir sinó para el destierro...

Mientras tenía lugar esta escena, el ejército inglés había sido derrotado en toda la línea, perdiendo más de dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, firmando una capitulación que deshonró al inexperto General Whitelocke.



«Al poco rato los doce ingleses...»

Dib. de Fortuny.

Al día siguiente, hallándose Liniers en el salón del Fuerte recibiendo los plácemes y felicitaciones por la victoria obtenida, salió de pronto, de entre un grupo de pueblo que concurría también á la audiencia popular de aquel día, Doña Martina Céspedes, quien cuadrándose marcialmente ante el Virrey que se hallaba rodeado de su estado mayor, le dijo:

—Excelentísimo Señor...!

—Qué se ofrece á Vd.?

—Poca cosa; hacer notar á usía que el total de prisioneros que figura en el bando publicado hoy, no es exacto.

—Cómo lo sabe Vd.?

—Por que en mi casa, bajo segura custodia, tengo doce, con sus correspondientes fusiles y municiones.

Ante tal manifestación, la sorpresa, la incredulidad, se pintó en todos los rostros.

Entonces contó Doña Martina cómo valiéndose de astucia, y haciéndolos pasar de á uno por sus habitaciones, los había ido encerrando ayudada de sus hijas, amarrándolos después y quitándoles sus armas.

—Buen golpe! Buena presa!—dijo el Virrey agradablemente sorprendido.—Ahora mismo voy á dar orden para que los prisioneros sean inmediatamente traídos al cuartel; y usted, desde hoy, por su patriótico esfuerzo, queda dada de alta en el ejército con el grado de *sargento mayor,* goce de sueldo y uso de uniforme.

—Eso está bueno, Excelentísimo Señor, y se lo agradezco á usía con toda el alma; pero tengo que pedir una gracia.

—¿Cuál?

—Que no puedo entregar más que once, porque el otro lo quiere mi hija Pepa para casarse, y como ella lo *ha vencido*... dice que tiene derecho al prisionero.

—Pero, *mayora,*—replicó Liniers sonriendo,—los ingleses son herejes, y á más tienen que volver á su país con arreglo á la capitulación.

—Es que... ya está previsto el caso, Excelentísi-

mo Señor. Uno puede pasar por muerto, pues ese ha manifestado deseos de quedarse donde lo *rindieron,* y en cuanto á lo hereje, me encarga mi hija asegure á usía que en poco tiempo ella se compromete á quitarle la herejía.

Dos horas después los once ingleses volvían á colocarse bajo sus banderas enlutadas por la derrota.

Orgullosa Doña Martina con su grado militar no había festividad civica ó religiosa donde no lo luciera, y todavía en 1825, durante la solemne procesión del Corpus atraía sobre sí todas las miradas marchando de uniforme al lado del valiente General Las Heras y en medio á los ilustres guerreros de la Independencia de que ella también era heróica defensora.

II

INDEPENDENCIA ARGENTINA

LA PRIMERA PATRIOTA

El primer vagido de libertad que se escuchára al través del continente hispano-americano, es indudable que partió de Chuquisaca un año antes que nuestros criollos proclamáran la Independencia argentina.

Aunque luego ahogado en sangre, el levantamiento que en la madrugada del 25 de Mayo de 1809 se produjo contra la autoridad del Presidente Pizarro —de quién los insurjentes obtuvieron la renuncia de su cargo y la entrega de todo el armamento de que disponía—es uno de los hechos más gloriosos en la historia de la emancipación americana, y fué en la célebre universidad de Charcas donde tuvieron su laboriosa gestación las ideas que habían de producir, bajo la modesta apariencia de una disputa jurídica de Oidores, ese levantamiento que bien pronto repercutió en todos los ámbitos de América española.

Pocos días después de este movimiento insurrec-

cional, que venía á ser como un anteproyecto de clavar jalones de libertad, de progreso, de independencia por todo el continente, desde las selvas mexicanas hasta las pampas argentinas, tenía lugar entre nosotros, en el cuartel de Patricios, una escena de civismo impresionante y que, como una revelación, vino á demostrar cuál era el verdadero espíritu, el temple de alma de la mujer porteña un poco antes que la gran jornada redentora de Mayo tradujera en hechos reales las sublimes aspiraciones que palpitaban en cada corazón americano.

Y fué á una mujer, ¡la más bella mujer de su tiempo! Doña Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, á quien cupo la gloria de revelarse precursora de la independencia argentina, actuando sin inspiraciones agenas ni otro mandato que el de su corazón, en un episodio que tuvo por origen la prisión de su hermano el Comandante Don Juan Martín Pueyrredón, uno de los militares que más aptitudes había demostrado en las invasiones inglesas y que confirmó más tarde en las cruentas luchas por la emancipación americana.

Motivo de su prisión era el ascendiente que el brioso comandante había logrado en los últimos tiempos sobre sus compatriotas, ascendiente que le hizo sospechoso á los realistas, por lo que el Virrey Cisneros determinó enviarlo á España bajo partida de registro.

Apenas circuló la noticia de hallarse preso en el Cuartel de Patricios —escribe el General Guido en su *Reseña histórica*—su hermana Doña Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, matrona de altas prendas, se presentó á la guardia que le custodiaba

y con la elocuencia del alma y con palabra fácil é insinuante, rodeada de oficiales y soldados, increpóles por servir de instrumento á la tiranía contra un paisano sin otro crímen que su entusiasmo por la libertad de su patria.

—¿Consentiréis,—les dijo—que sea sacrificado vuestro compatriota y amigo por la cruel injusticia de un gobernante? ¿Consentiréis que sea expulsado de su país, tal vez para siempre, sin hacérsele un cargo, sin oirle ni juzgarle? ¡No, Patricios! De-



«Doña Juana Pueyrredón se presentó á la guardia...»

jad libre á mi hermano si no queréis haceros cómplices de una iniquidad que amenguaría vuestra fama.

La tropa escuchaba silenciosa estos y otros razonamientos. Los oficiales hablábanse en secreto, fijando la vista, llenos de admiración y respeto, en aquella ilustre dama, tan bella como arrojada. En sus semblantes traducíase fácilmente la impresión del ánimo y su decidida resolución de libertar al prisionero.

Dos horas después de esta escena, el Comandante Pueyrredón evadíase por una de las altas ventanas del Cuartel, sin ser detenido por ningún centinela. La amistad se encargó enseguida de ofrecerle un seguro refugio, cupiéndole esta grata misión á Don Francisco Mariano de Orma, español muy adicto á la Revolución y uno de los primeros que obtuvo carta de ciudadanía de la nueva nacionalidad.

Así consiguió la valerosa iniciativa de Doña Juana Pueyrredón que fugase su hermano, burlando la persecución de que era objeto, con lo que se aplazó la Revolución que recién pudo estallar al año siguiente.

Tres años más tarde de esta escena que acabamos de relatar, bajaba á la tumba tan virtuosa patricia, sin que le fuera dado alcanzar los días en que su hermano dirigiera los destinos del país y aumentara las glorias de la Revolución, de que ella había sido su más genuina y legítima precursora.

PATRIOTISMO DE LAS PORTEÑAS

La mujer argentina ha dado prueba en toda ocasión de su generoso y ardiente patriotismo, y los anales de nuestra historia recuerdan rasgos tan hermosos que de ellos podemos enorgullecernos con muy justos títulos.

Rotas las cadenas que ligaban á Buenos Aires con la Metrópoli, abrióse campo inmenso á la abnegación, al patriotismo y á la generosidad de las porteñas.

Vamos á recordar sólo algunos de esos rasgos, porque el catálogo sería interminable.

Cuando el pueblo de Buenos Aires, congregado bajo los balcones del Cabildo pedía la deposición del Virrey Cisneros, damas entusiastas hubo que conociendo los secretos de la Revolución, ó arrastradas por una sensación tan vehemente como extraordinaria, se mezclaron disfrazadas entre la multitud para sostener esos mismos derechos de la patria que

se proclamaba. Entre ellas las más notables fueron *las Vieytes,* vulgarmente llamadas y conocidas así por los contemporáneos de aquella época, para designar las patriotas de ese día.

En vísperas de organizarse el ejército expedicionario que debía marchar al Alto Perú, ya sea que no hubiese fondos suficientes para prepararlo y sostenerlo, ó—como bien dice el señor Carranza—lo que es más probable que se quisiese comprometer al público en la causa por su independencia, el caso es que con fecha 7 de Junio de ese año se dictó una resolución gubernativa, por la que, desde ese día, quedaba abierta en casa del vocal Azcuénaga una suscripción popular voluntaria, cuyo producido se destinaría íntegro á la expedición que había pedido el pueblo á la Junta.

En pocas horas, el éxito más satisfactorio coronó las aspiraciones de sus iniciadores.

Las mujeres porteñas, en esta emergencia, supieron mostrarse como siempre á la altura de sus más bellos sentimientos. *Los papeles públicos* recordando las acciones generosas de aquellos días en que rayó la aurora de la libertad, han consagrado los nombres de infinidad de señoras que, encabezadas por la ilustre patricia Doña Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña, contribuyeron con mano pródiga al sostenimiento de esa primera agrupación armada que cinco meses después obtenía su primer victoria en las márgenes del Suipacha.

Después del desastre de Huaquí, en el Alto Perú, las tropas argentinas en número de mil doscientas,

carecían de armamento y de espíritu militar. Había que organizarlas, darles nuevo nervio y, lo que era más grave, empezar por vestirlas.

A todo esto, los recursos era exíguos.

Las señoras porteñas dieron entonces otra de esas pruebas inolvidables de patriotismo y desinterés: el 24 de Octubre de 1811 se ofrecían generosamente al Gobierno á coser veinte mil camisas que debían destinarse al uso de los defensores de la patria!

Poco tiempo después, esas mismas porteñas daban el más alto ejemplo de virtud cívica.

No pudiendo por su constitución tomar las armas, contribuyen á la compra de fusiles que se había iniciado por suscripción popular, consignando en el oficio al gobierno con que acompañaban la suma recolectada, que el día de una victoria tendrían la satisfacción de exclamar al ver un vencedor: *Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad!* y suplicando se grabase en ellos sus nombres para estimular al guerrero á no perder aquella prenda de la estimación y confianza de sus conciudadanos y para conferir á éstos el derecho de reconvenir al cobarde que hubiese abandonado el arma que debía repeler al enemigo.

Esas armas fueron invencibles en San Lorenzo, Salta y Tucumán, en Chacabuco y Maipo, en Junín y Ayacucho, porque aquellos que las esgrimían supieron corresponder dignamente á las esperanzas de quienes con tanta fe y patriotismo las pusieron en sus manos.

¡Eterna gratitud y veneración para esas heroínas de nuestra epopeya inmortal!

LA MAS HERMOSA CORONA

Finalizaba el mes de Mayo de 1812.

La Revolución argentina, antorcha que iluminó más tarde los senderos de América latina, pasaba desgraciadamente por un período crítico.

El erario estaba exhausto, las armas eran escasas, y los voluntarios que se presentaban de continuo á engrosar las filas revolucionarias excedían ya al número de fusiles que un grupo de ciudadanos acababa de costear de su propio peculio.

Se hacía por lo tanto necesario poner á prueba nuevamente el patriotismo de los porteños, obteniendo armas á toda costa, pues Belgrano las solicitaba con reiterada insistencia para llevar sus soldados á la victoria en Tucumán y Salta, y el Señor de Sarratea para poner sitio á Montevideo.

En este estado de cosas, arriba á nuestro puerto un cargamento de armas encargado secretamente á Estados Unidos por el Gobierno argentino y cuyo

importe éste no podía satisfacer de inmediato, sin grave detrimento de los intereses públicos,—armamento que, por otra parte, no querían entregar los norteamericanos sin previo pago en onzas de buena ley.

¿Qué hacer, pues, en tal emergencia, agotados todos los recursos del Estado y de los más pudientes patriotas? ¿Cómo solucionar la cuestión?

Una idea sublime, luminosa, cruza entonces por el cerebro de las damas más ilustres de Buenos Aires.

Penetradas de la afligente situación en que se hallaba el país, ya de suyo comprometido en la heróica lucha por su independencia, conciben el laudable propósito de arbitrar recursos en cualquiera forma, y al efecto, la noche del 29 de Mayo se reunen sigilosamente en casa del señor Escalada, dando así al mundo entero una prueba acabadísima de la abnegación, entusiasmo y patriotismo que caracteriza á la mujer argentina.

Cuando las principales complotadas se hallaron reunidas, la hermosa dueña de casa, señora Tomasa de la Quintana de Escalada, tomó la palabra y les dijo:

—Mis queridas amigas: esta reunión tiene por objeto el fin más noble y patriótico para la causa de la independencia. Os he reunido para que si estáis resueltas compremos los fusiles, haciendo una suscripción. El Gobierno no puede pagarlos y es preciso que los enemigos no se aperciban de nuestra pobreza.

Inútil es consignar con cuanta decisión fué acogida tan patriótica propuesta que resumía el pensamiento de todas las presentes.

Acto continuo, la distinguida Señora Doña Mariquita Sánchez de Thompson, una de las damas más ilustradas de su época, redactó la siguiente nota, con que ese núcleo de damas acompañó su generosa



La sociedad patriótica en casa de Escalada

donación al Gobierno, gloriosa nota que transcribimos íntegra para hacer resaltar la galanura del concepto y la generosidad de sentimientos que en ella campean.

Héla aquí:

Exmo. Señor:

"La causa de la humanidad con que está íntimamente enlazada la gloria de la patria y la felicidad de las generaciones, debe forzozamente interesar con una vehemencia apasionada á las madres, á las hijas y esposas que suscriben. Destinadas por la naturaleza y por las leyes á llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor que los héroes en el campo de batalla. Saben apreciar bien el honor de su sexo, á quien confía la sociedad el alimento y educación de sus jefes y magistrados, la economía y el orden domésticos, base eterna de la prosperidad pública; pero tan dulces y sublimes encargos las consuelan apenas en el sentimiento de no poder contar sus nombres entre los defensores de la libertad patria. En la actividad de sus deseos han encontrado un recurso, que siendo análogo á su constitución, desahoga de algún modo su patriotismo.

"Las suscriptoras tienen el honor de presentar á V. E. la suma de... pesos, que destinan al pago de... fusiles, y que podrá ayudar al Estado en la erogación que va á hacer por el armamento que acaba de arribar felizmente: ellas los sustraen gustosas á las pequeñas pero sensibles necesidades de su sexo, por consagrarla al objeto el más grande que la patria conoce en las presentes circunstancias. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo:—"Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad".

"Dominadas de esta ambición honrosa, las suscriptoras suplican á V. E. se sirva mandar se graben sus nombres en los fusiles que costean. Si el amor á la patria deja algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración al sexo será un nuevo estímulo que les obligue á sostener en su arma una prenda del afecto de sus compatriotas cuyo honor y libertad defienden. Entonces tendrá un derecho para reconvenir al cobarde que con las armas abandonó su nombre en el campo enemigo y coronarán con sus manos al joven que presentando en ellas el instrumento de la victoria dé una prueba de su gloriosa valentía.

"Las suscriptoras esperan que aceptando V. E. este pequeño donativo se servirá aprobar su solicitud como un testimonio de su decidido interés por la felicidad de la Patria.

Buenos Aires, Mayo 30 de 1812.

Tomasa de la Quintana de Escalada	1	fusil
Remedios Escalada (luego de San Martin).......	1	»
Nieves Escalada (luego de Oromí)	1	»
María de la Quintana	1	»
Maria Eugenia Escalada de De María...........	1	»
Ramona Esquivel y Aldao........................	1	»
Maria Sanchez de Thompson (luego de Mendeville)	1	»
Petrona Càrdenas * (por ella y una amiga).......	2	»
Rufina de Orma (luego de Rebollo)	1	»
Isabel Calvimontes de Agrelo	1	»
María Encarnación Andonaegui de Valdepares ...	1	»
Magdalena de Castro y Correa..................	1	»
Angela Castelli de Igarzábal	1	»
Cármen Quintanilla de Alvear (por ella y una amiga)	2	onzas

(*) Debe ser Petrona Cordero, pues no hemos hallado respecto á aquella ningún dato que lo confirme. — N. de la A.

El 26 de Junio de ese mismo año se registraban en la *Gaceta de Buenos Aires* la nota y nómina que anteceden, con el siguiente DECRETO al pie:

"Admítase este generoso donativo de las ilustres patriotas de esta Capital y publíquese en la "Gaceta" después de rendírseles las más expresivas gracias á nombre de la Patria.—(*Hay tres rúbricas de los Señores del Gobierno*). Herrera, SECRETARIO."

Y como el buen ejemplo cunde, días después de esta publicación la Señora Doña Juana Francisco Cegada, viuda del Coronel Don Diego Pueyrredón, agregaba *cuarenta y siete pesos con cuatro reales*, y Doña Teresa de Aguirre *una onza de oro,* ambas donaciones con el mismo fin.

¡Grabados queden por siempre en el corazón de sus conciudadanos los nombres de esas ilustres patricias que con su noble esfuerzo coadyuvaron eficientemente á la hermosa obra de independización americana!

MADRES ESPARTANAS

Si durante las invasiones inglesas el heroísmo de nuestras criollas rayó á la mayor altura, durante la época revolucionaria el entusiasmo y la abnegación por la Patria no han conocido límites.

Siempre fieles á la gloriosa causa de la Independencia, ellas dieron á la Revolución sus hijos y sus esposos, sus bienes y sus alhajas, y cuando nada les quedó por dar, dieron su sangre en combates que, como el de Cochabamba, ha hecho inmortales á las hijas de América.

El número de argentinas, que al igual de las espartanas sacrificaron su amor de madre en holocausto de la patria, es infinito. Todas las Provincias que formaban el antiguo Virreynato del Plata pueden señalarnos con orgullo los nombres de madres y esposas admirables que supieron hacer frente al infortunio, contribuyendo con los pedazos más queridos del corazón á echar los cimientos de nuestra nacionalidad.

Y sin embargo, cuántas de estas bellas acciones,

santas y generosas, se han perdido en la lóbrega noche de los tiempos! Una que otra apenas se recuerda, trasmitida de padres á hijos como legado glorioso de una época que ya pasó, pero que vivirá por siempre en el corazón y en la mente de los argentinos.

Evoquemos, entre tanto, en estas pobres páginas, los nombres al menos de esas madres sublimes y abnegadas que recuerda la tradición.

El primero que acude á los cantos de la pluma es el de la Señora Tiburcia Haedo de Paz, dama perteneciente á la mejor aristocracia cordobesa, quien en 1810 presentó con varonil entereza sus dos hijos, José María y Julián, al servicio de la Patria, cuando á ésta le era más necesario el esfuerzo común para sostener la sagrada causa americana. Ya sabemos cómo el primero de ellos llegó á ser el primer táctico de Sud América: General Don José María Paz.

Doña Margarita Arias de Correa, es otra matrona que se distinguió en el mismo sentido que la anterior. Retiró sus dos hijos del colegio y los presentó al gobierno en calidad de soldados. Durante la sublevación del General Quiroga fueron víctimas de la guerra civil.

Doña Francisca Silveira de Ibarrola, es digna también de recordación. Viuda ya en 1810 y teniendo el mayor de sus hijos en el ejército, se presentó á ofrecer "el único que le quedaba, para el servicio de la Junta". Desde ese momento tomó las armas y fué el después Coronel Amadeo Ibarrola.

Acción igual cometió la esposa de Don Juan Silverio Arriola, ofreciendo "á su hijo José Nicolás (después Coronel de la Nación), para el servicio

MADRES ESPARTANAS



«Nueve años después, tuvo la satisfacción de estrechar entre sus brazos al esposo amado y á sus tres hijos...»

DIB. DE FORTUNY.

que estime la Junta, sin *haber* alguno".

En 1816, Doña Adela Rocamora, se presenta en el Cuartel general de San Martín, en Mendoza, acompañada de su esposo y tres hijos y previa aceptación que no se hizo demorar, quedan éstos incorporados al Ejército Libertador. Al despedirse la señora Rocamora de esos cuatro séres queridos que no pueden evitar corra una lágrima por sus mejillas, les dice con varonil acento:

—No lloreis! Llorad cuando veais la Patria humillada, pero preferid morir antes que ella llore por vosotros. Que Dios os proteja y el valor no os falte.

A lo que su esposo contestó lleno de emoción:

—Moriré por la Patria, esposa mía!

Trémulos y llorando repiten sus hijos con voz entrecortada:

—Moriremos por la Patria, madre amada!

El General San Martín, que á pocos pasos de ahí presenciaba tan patética escena, se apresuró á estrechar silenciosa y respetuosamente la mano de tan patriota mujer, quien, nueve años después, tuvo la satisfacción de recibir en sus brazos al esposo amado y á sus tres hijos, que regresaban de sus gloriosas campañas sanos y salvos.

En cambio, otra magnánima mendocina que había dado al Ejército Libertador sus ocho hijos, á la edad de ciento y más años se decidió arrastrarse hasta Santiago de Chile por saber, antes de morir, de la suerte que habían corrido. ¡Cuál no sería su dolor al ser noticiada que, de ocho, el único sobreviviente estaba en la escolta del Presidente de la República en clase de *Sargento condecorado!*

Esta excelente patriota, á quien el señor Sarmiento conoció personalmente, murió poco después de vejez y miseria en un pobre rancho, al pie del Cerro de Santa Lucía, en la capital chilena. ¡Ni el consuelo tuvo esta madre generosa de que su único hijo recogiera su postrer suspiro!

El gobierno de la Moneda tampoco hizo nada por aliviar sus últimos tristes días. ¡La pobre no tenía papeles que acreditasen su maternidad de ocho soldados!!!

El resultado de esfuerzos tan gigantescos hechos por tres provincias tiranizadas, estrujadas, para que diesen lo que naciones enteras no pueden dar á veces, fueron las batallas de Chacabuco y Maipo, muy gloriosas para la América. Las madres sanjuaninas y mendocinas no supieron de ellas sin embargo, sino que mil doscientos de sus hijos habían muerto gloriosamente allí y en Talcahuano!

. . . .

Las hijas de Esparta sacrificaron su amor de madre á la Patria; las hijas de América, en esta guerra de la Independencia, lo sacrificaron todo.

Bendita sea la tierra que produce tales mujeres!

UNA RESPUESTA INGENIOSA

Parecerá paradójico lo que vamos á referir, pero podemos garantizar es rigurosamente histórico, pues el padre del historiador Carranza conoció personalmente á la patriota que motiva tan interesante anécdota.

Sucedió, pues, que un día del mes de Septiembre de 1810, pasando el Doctor Don Juan José Castelli, por Monogasta, jurisdicción de Santiago del Estero, con otros Jefes y Oficiales del Ejército auxiliar que marchaba al Alto Perú á libertar pueblos oprimidos por el Virrey Abascal, se acercaron á una casa de postas establecida allí, con objeto de tomar algún reposo mientras la tropa hacía el relevo de caballos para proseguir la penosa marcha á través de caminos poco menos que intransitables.

Entre los moradores de aquella mezquina vivienda, en quienes parecía haber hecho presa la miseria, llamaba poderosamente la atención por su ancianidad una pobre mujer que, según su propia

confesión, desde que viera la luz jamás se había alejado, hasta perder de vista, el lugar de su nacimiento.

Era esta señora Doña Teodora Suárez de Roldán, santiagueña de orígen, que por la época de la Revolución contaría setenta navidades. Sin embargo, en medio á sus privaciones que eran muchísimas, manteníase erguida, fuerte y jovial, viviendo feliz y satisfecha en la miserable choza que le servía de abrigo y compartiendo con aquellos rústicos campesinos que la rodeaban,—y de quienes parecía ser abuela,—todas sus aspiraciones de mujer, de madre y de amiga.

Al enterarse esta hospitalaria Señora del destino que allí llevaba á tan distinguidos huéspedes, en un trasporte de jubiloso entusiasmo presentó con gracia exquisita al eminente tribuno y soldado argentino una sencilla flor del campo.

Movido el Doctor Castelli por la curiosidad, al ver reverdecido el surcado semblante de la noble anciana, preguntóle con esa afabilidad que era su característica:

—¿Qué edad tiene Vd. mi buena señora?

Por toda contestación Doña Teodora dejó vagar por sus delgados labios intraducible sonrisa.

Nadie conjeturó al principio su motivo, pero instándola de nuevo el representante de la Junta revolucionaria de Buenos Aires á que no le dejase en duda respecto de su edad:

—Vea, Señor,—contestó con sutil perspicacia, siempre sonriendo,—no soy tan vieja como parezco. Apenas tengo algunos meses.

Sorprendido Castelli ante respuesta que no espe-

raba y que en ese momento menos alcanzaba á descifrar, pidió á su interlocutora explicación de aquel enigma.

—Sí, Señor,—añadió ella,—nací con la Patria el 25 de Mayo; hasta entonces no he vivido un solo día.

Y al pronunciar estas palabras con voz sonora y fácil, el rostro de la venerable santiagueña se vió animado por la satisfacción que embargaba su espíritu, á tiempo que sus ojitos vivaces, adquiriendo súbito brillo, dejaron resbalar por sus mejillas



«Nací con la Pátria el 25 de Mayo....»

dos lágrimas como perlas que tocaron vivamente el corazón de cuantos presenciaban tan patética escena.

El Doctor Castelli conmovido por respuesta tan ingeniosa como patriótica, al darse vuelta para disimular su emoción, dijo á los Ayudantes que le rodeaban:

—Increíble parece que en este asilo de la indigencia pueda albergarse un alma expansiva capaz de salir de la humilde esfera en que se presenta aquí la raza humana, y remontarse hasta lo sublime del entusiasmo patrio. Esta humilde mujer nos ha vencido!

LA OFRENDA DE LA VIUDA

No vamos á narrar en estas páginas un hecho marcial, uno de esos actos de arrojo inconcebible de que tan bellas pruebas ha dado la mujer argentina, sinó un episodio modesto, desprovisto de toda afectación, si bien abnegado y patriótico, tanto más cuanto que la protagonista, Doña Lorenza Luna, era una pobre viuda, algo anciana y madre de varios hijos menores.

Esta patriota campesina que por fallecimiento de su esposo vióse dueña de una Casa de postas cercana á las fronteras de Córdoba, al tener noticias por su capataz de que numerosas fuerzas se aproximaban lentamente á su establecimiento,—á causa sin duda, de que las caballadas que traían, mal alimentadas por falta de pastos, no eran suficientes para arrastrar el pesado convoy,—ordena á sus peones recojan los animales y los internen en el bosque vecino, interin ella, amazona en su caballo predilecto, se lanza en vertiginosa carrera al encuentro de dichas tropas con el deliberado propósito de constatar si éstas son realistas ó libertadoras.

Dos minutos después, al divisar las avanzadas del Ejército auxiliar, exclama en un arranque de patriótico entusiasmo:

—Sí, son ellos, Dios mío! Son los soldados de la Patria que van al Alto Perú llevando la insignia de la libertad! Oh! el corazón no me engañaba!...

Y picando nerviosa su parejero corre á saludar al Jefe de vanguardia de esa expedición, Coronel Balcarce, á quien ofrece con noble desinterés dos reses y todas las mulas y caballos de su establecimiento.

—Mi Coronel,—agrega Doña Lorenza—acéptelos como modesta ofrenda que hace á su patria la más humilde mujer de estas serranías.

El apuesto Comandante considerando este acto de desprendimiento demasiado grande para quien no poseía otra cosa, contestóle un tanto conmovido:

—Señora, doy á Vd. gracias infinitas por tan generoso donativo que hace honor á su sexo, pero como no veo necesario tanto sacrificio de su parte sólo aceptaré lo que tan desinteresadamente me propone si no rehusa Vd. sea remunerado el servicio que viene á prestar al ejército de la Patria.

La noble mujer inmutóse, más al notar que Balcarce disponíase á ordenar el pago por Comisaría, exclama simulando no haber oído las últimas palabras del Jefe argentino:

—Pues bien, ya que usía no los necesita por ahora, considérelos en adelante como de propiedad pública; yo los cuidaré mucho, señor, con ese objeto. Disponga de ellos siempre que la salud del país lo exija, y llévelos hasta donde guste. Pero le ruego,—añadió con vehemencia,—que no me confunda con la gente mercenaria y no me agravie ofreciéndome dinero.

Asombrado cada vez más el Jefe de aquella ex-

pedición ante rasgo de civismo tan admirable, arguye:

—Señora, recuerde Vd. que sus deberes de madre deben hacerla menos pródiga de sus escasos bienes que constituyen toda su fortuna y la de sus hijos...



«Le ruego Coronel, no me confunda con la gente mercenaria...»
DIB. DE FORTUNY.

—Eso no!—replica alborozada.—Mis hijos, mis bienes, mi persona, todo pertenece á la Patria, todo lo debo á ella y todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad y por su gloria!

El Coronel Balcarce vencido por tan patriótica solicitud, nada encontró que decir, sinó aceptar.

Los ojos de la generosa mujer brillaron de alegría al ver satisfechos sus deseos, y así tuvo la dulce satisfacción de transportar gratuitamente el ejército argentino hasta la siguiente posta, al frente de sus hijos y de la peonada.

Cuán grato es al corazón recordar el nombre de Doña Lorenza Luna para que él quede consignado en honor y gloria de las generaciones venideras!

SOBERBIA RESPUESTA

Las señoras del Tucumán merecen también adornar las páginas de nuestra historia, por sus gloriosas virtudes y hazañas de que supieron dar buena muestra durante la época revolucionaria, y aun después, en la del terror. Todos los testigos de hechos heróicos en que tomaron parte, han desaparecido,



(1) Casa solariega de la familia Alurralde.

sin haberles sido posible relatarnos con fidelidad sus pormenores para publicarlos. Nosotras los conocemos imperfectamente y con sentimiento tenemos que ceñirnos á tributarlas el homenaje de nuestra admiración en términos casi generales, si bien dejando para mejor oportunidad el hacerles debida justicia en estas páginas y dedicando á sus acciones heróicas un capítulo separado.

La única vez que los españoles lograron penetrar al Tucumán (1812) ¿no se debió, en mucha parte, la victoria que sobre ellos se obtuvo, á la cooperación de sus denodadas hijas? No se las vió en grupos de á caballo recorrer los campamentos y excitar el entusiasmo de los defensores de la Patria?

Jamás se olvidará la decisión á toda prueba que siempre manifestaron por la causa de la independencia las señoras de Araoz, Molina, Garmendia y otras! De esta última cuéntase, entre varias, la siguiente anécdota, que demuestra el grado de patriotismo de las damas tucumanas.

Algunas horas antes de la famosa batalla de Tucumán (24 de Septiembre de 1812) en la que el General Belgrano se cubrió de gloria con su caballería gaucha, el General en Jefe del *Ejército grande,* (como pomposamente se titulaba Tristán) encontró medio de hacer llegar á manos del señor Don José I. Garmendia—español de nacimiento, pero adicto á la causa de la Revolución—una esquela en la que, tratándolo familiarmente, pues cultivaban antigua y estrecha amistad, le presagiaba la próxima victoria de sus armas, pidiéndole al mismo tiempo le hiciera preparar un baño y un almuerzo para después del combate.

Garmendia, sin sospechar la nube que se le vendría encima—¡lo cortés no quita lo valiente!—entregó la misiva á su gentil esposa Doña María Elena Alurralde, advirtiéndole de paso que era necesario obsequiar debidamente á su ilustre amigo y compatriota.

Doña Elena leyó la carta y sonriendo con altivez contestó á su esposo:

—Falta una cosa, que también es necesario preparar con sumo cuidado.

—¿Qué es?—preguntó él, ingénuamente.

—¿No lo has adivinado?

—¡No!... No sé qué puede ser.

—Pues, una horca! Una horca cuya cuerda y dogal sean trenzados con el cabello de las damas tucumanas!

Tan soberbia respuesta, digna de una espartana, hizo época en Tucumán, y hoy, al través de cien años, se recuerda todavía con satisfacción. Frente á la plaza principal de esa ciudad, existe aun la casa solariega de la familia Alurralde, en la que no llegó á descansar el jefe realista, no obstante haber pedido se le preparase alojamiento.

DESPRENDIMIENTO DE LAS MENDOCINAS

Cuando el General San Martín hacía en Mendoza esfuerzos inauditos por organizar el ejército que reconquistára á Chile y diera más tarde la libertad al Perú, halló en la mujer, según su propio testimonio, el apoyo más firme y decidido.

En aquella época aciaga de la Revolución, cuando los españoles eran dueños de Venezuela y Cundinamarca, de casi todo México, del Perú y Chile, las señoras y las criadas de Mendoza, las hacendadas y las jornaleras, mozas y viejas, se disputaban el honor de ser las primeras en mejorar la condición de los sostenedores de la libertad y la independencia en el continente americano.

El entusiasmo animaba á todas por igual. Unas renunciaban á sus placeres; otras á las ocupaciones y labores de que sacaban la subsistencia, para consagrarse enteramente al servicio de la Patria.

Nada las arredraba: ni las dificultades cada vez más crecientes de la situación, ni el terror á la cla-

se de castigo que el enemigo inflingía. Todo lo hacían con gusto, por la sola satisfacción de ser útiles á la causa de la independencia.

Por medio de una suscripción lograron reunir un completo y magnífico servicio para el hospital: las delicadas manos de las más ilustres mendocinas preparaban las hilas, los vendajes, etc.; las madres de familia pudientes, confundidas con las de más humilde clase, erogaban donativos cuantiosos para la manutención, el aseo y aun las comodidades del ejército libertador.

Y mientras los artesanos, los jornaleros, encerrados durante dos años en la Maestranza, confeccionaban á ración y sin sueldo todos los pertrechos de guerra necesarios, sus casas habíanse transformado en talleres donde sus esposas, hijas ó hermanas, cosían gratuitamente las camisas y demás ropa para los soldados de ejército tan numeroso.

¡Qué humanidad no manifestaron á los emigrados de Chile, y más tarde á los prisioneros de guerra españoles! ¡Lástima que no sobreviva alguno siquiera para que certificase la generosa compasión con que fueron tratados por las sensibles mendocinas!

Entre las señoras que más se acreditaron por sus virtudes cívicas, merecen particular mención las de Corvalán, Correa, Ortiz, Godoy, Alvarez, Ferrari, Molina, Villanueva, y muy especialmente la esposa del Libertador, Doña María de los Remedios Escalada de San Martín, quién no solo tuvo la gloria de llevar el nombre de uno de los más esclarecidos Generales de América, sinó que dió á las demás señoras el noble ejemplo de donar sus aderezos de dia-



1816.—Las damas mendocinas donando sus joyas á la Pátria   DIB. DE FORTUNY.

mantes y otras muchas joyas de valor para subvenir á las necesidades públicas, con esta sublime manifestación, tan expontánea como patriótica:

"Que no siéndoles desconocido el riesgo que amenazaba á los séres más queridos de su corazón, ni la penuria del tesoro, ni la magnitud de los sacrificios que demandaba la conservación de la libertad, los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación en que se veía la Provincia, y peor si por desgracia volvían á arrastrar las cadenas de un nuevo vasallaje, razón por la cual preferían oblarlas en aras de la patria, en el deseo de contribuir al triunfo de la sagrada causa de los argentinos".

. . . .

No amenguamos el mérito indiscutible que tiene Isabel la Católica, la gran Reina de España, de *haber ofrecido* sus alhajas para descubrir y conquistar el Nuevo Mundo, pero admiramos más la acción de las patriotas mendocinas que *venden sus joyas* para defender y alcanzar la libertad de medio continente!

LA CAPITANA

Producida la Revolución de Mayo, que tan ópimos frutos debía cosechar, no fué sólo en la capital donde la mujer argentina se plegó á ella con toda decisión y entusiasmo realizando hechos y acciones muy superiores á su sexo.

En las provincias de Cuyo, y muy especialmente en Salta, fueron protagonistas de episodios tan heróicos que elevan á sus hijas al puesto más culminante entre las argentinas ilustres que supieron defenderse y coadyuvar eficazmente á la gran obra emancipadora.

Entre las salteñas más meritorias, la tradición recuerda á Doña Martina Silva de Gurruchaga, (*) distinguida dama que realzó sus bellas cualidades morales y los atractivos físicos de su persona haciendo dispendiosos sacrificios pecuniarios y comprometiendo su existencia en obsequio á la patria naciente.

En los memorables días que precedieron á la batalla que el 20 de Febrero de 1813 se libró en el

---

(*) Entendemos que su verdadero nombre era Juana Martinez Silva.— N. de la A.

campo de Castañares entre las tropas del General Belgrano y las del General Tristán, las familias pudientes ó acomodadas disputábanse el honor de hospedar en sus casas al General en Jefe del ejército patriota, que á marchas forzadas venía en persecución de los realistas.

Tan íntima y grata satisfacción cúpole en suerte á Doña Martina Silva, esposa de Don José Gurruchaga comerciante en paños que tenía su finca en los Cerrillos, pocas leguas al Sur de la ciudad, además de la casa de comercio que él atendía personalmente.

Nada descuidó la abnegada señora á partir del primer momento en que llegó á su casa tan ansiado huésped y demás oficiales que le acompañaban. Sus atenciones propias y las de la servidumbre ultrapasaban los límites de la hospitalidad. No solo hizo cuanto pudo por agasajar á los libertadores de su provincia, sinó que penetrada de las necesidades de la tropa, consiguió que su marido entregase graciosamente una considerable partida de paño azul para confeccionar uniformes á los soldados.

Al ofrecer una bandera al ejército, que ella misma bordara, el General Belgrano se la recibió conmovido con estas palabras:

—Señora, si en todos los corazones americanos existe la misma decisión que en el vuestro, el triunfo de la causa por que luchamos será fácil.

Poco después, en vísperas de la memorable batalla que ungió á Salta invicta y heróica en el más alto grado, fué cuando Doña Martina Silva, con otro rasgo sublime de patriótico entusiasmo, destacó su personalidad por sobre todas las de sus comprovincianas. Con suma cautela preparó, armó y equipó de su

propio peculio una compañía de soldados los que presentó al General Belgrano en la madrugada del 20 de Febrero, bajando al campo por las lomas de Medeiros.



Por tan brillante actitud, como por otros beneficios en favor de los patriotas, aquel General profundamente emocionado y agradecido, obsequió á Doña Martina, una semana después de la victoria, con un riquísimo tapado de los que usaban entonces las se-

ñoras de Salta, en cuyas orillas hizo bordar esta leyenda: *A la benemérita patriota Capitana del ejército Doña Martina Silva de Gurruchaga,* y adjuntándole los despachos que la acreditaban en tal carácter.

Tan merecido galardón llenó de júbilo á la noble salteña, quien á contar de ese día no perdió ocasión de lucir en toda festividad el honroso obsequio del amado General.

EL SERMON DE LA DERROTA

Era el atardecer del 20 de Febrero de 1813.

Derrotadas las tropas realistas al mando del General Tristán, quien ya descontaba la victoria antes de la batalla, los dispersos en número considerable se refugiaron en la Catedral de Salta, con la santa intención, seguramente, de ponerse al amparo de la proteción divina.

Numerosos grupos de pueblo agolpábanse á las puertas de la Catedral, en cuyas gradas unos comentaban la derrota del general español y otros referían episodios de la acción, entre vítores á los patriotas y epítetos á los realistas.

De pronto, de entre la masa popular, surje un airoso cuerpo de mujer, y abriéndose paso á través del núcleo compacto y abigarrado, sube al púlpito con ánimo resuelto, y en tono irónico y despreciativo empezó por exhortar á la tropa á que saliera á defenderse ó á morir en las trincheras.

—¿No os dá vergüenza—les increpaba Doña Pascuala Balvás, (*) que así se llamaba quien tan arro-

---

(*) Porteña de nacimiento pero radicada en Salta, y que de acérrima realista al ver la pusilanimidad de los vencidos, se vuelve contra ellos enrostrándoles su acción. — *N. de la A.*

jadamente ocupaba la cátedra sagrada—no os dá vergüenza asilaros en esta santa casa consagrada á la oración y á la penitencia, cuando el deber os llama á otra parte, allí donde el honor de vuestra patria y de vuestra bandera están comprometidos? Hablad, decíd algo siquiera en descargo de vuestra miserable conducta.

Pero como el terror tuviese más imperio que el honor sobre aquellas almas abatidas, Doña Pascuala terminó su arenga colmándolos de improperios:

—¡Cobardes! ¡Infames!—les dijo por último.—No sóis dignos ni de la ración que coméis. ¡Salid, salid de aquí, antes que os arrojen del templo como á los mercaderes!

Y les señaló la puerta con amenazante actitud, lo que tampoco produjo ningún efecto!!!

LA EMPAREDADA

Luego que Salta cayó nuevamente en poder de los españoles, las mujeres en todos los rangos sociales prestaban tan importantes servicios que más de una vez pusieron en peligro sus vidas con las noticias que trasmitían clandestinamente á los patriotas, llevando y trayendo comunicaciones secretas de Salta á Jujuy y de Jujuy á Orán, para lo cual empleaban los mil y un recursos de su vivísimo ingenio.

Sospechada de este espionaje Doña Juana Mora de López, con vehementes desconfianzas de su conducta—si bien en esta ocasión como en muchas otras análogas no se le hallaron pruebas mayormente comprometedoras—los españoles emparedáronla en su propia casa, tapiándole las puertas de salida á fin de que así quedára más segura y pereciera de hambre.

La familia colindante, aunque realista pero con algunos vínculos de parentesco y amistad, dolida de su infortunio horadó la pared divisoria favoreciendo por allí sus necesidades, con lo que le salvó la vida.

Pero Doña Juana Mora de López tenía ardiente pasión por la causa de los patriotas, y no se arredró ante los sufrimientos pasados.

Una noche alguién propuso, en una reunión de familias á que ella asitía, la conveniencia de que saliera un chasque en busca del ejército libertador á quién unos daban victorioso, y otros derrotado y disperso.

Para el abnegado civismo de aquellas heróicas salteñas que todo—familia, hogar, fortuna—lo habían sacrificado en aras de la patria, la incertidumbre era horrible, desesperante.

Así, pues, *quién iría* era el problema á resolver, desde que se requerían condiciones excepcionales para no malograr el éxito de tan delicada misión.

—Yo iré—dijo resueltamente una de aquellas valerosas damas—pero en cambio ustedes cuidarán de mis hijos!

Y desapareció de la reunión.

Días después y á altas horas de la noche, un *coyita* joven, al parecer un niño, con burdas ojotas, ancho sombrero y poncho de vicuña, golpeaba á la puerta de la casa en que vivía la esposa del General Arenales.

Franqueada la entrada, el coyita pidió hablar con Misia Serafina. Una vez en su presencia, despojóse del poncho y del sombrero, desatóse el cabello y después de un ¡Viva la Patria! le dijo:

—Mañana á más tardar, tu esposo estará aquí, pues viene á marchas forzadas por el camino oculto de la quebrada, y habrá dado una severa lección á los españoles.

La que así hablaba era *la emparedada,* Doña Jua-

na Mora de López que bajo su disfraz y burlando la vigilancia de los realistas por entre valles y desfiladeros, había logrado ponerse al habla con el General patriota.

Al caer la tarde del siguiente día, las tropas del General Arenales, después de reñido combate, habían vencido nuevamente á los realistas.



— ¡Viva la Patria! — gritó Doña Juana Mora. . . .

Dib. de Sanuy

La emparedada, á quien en gran parte se debía esta nueva victoria, fué sacada de su casa y paseada en brazos del pueblo por las calles de Salta, en reconocimiento á sus desinteresados sacrificios en favor de la patria.

CONVERSION FRUSTRADA

Todas las señoras de Salta que componían lo más descollante en el grupo numeroso de patriotas exaltadas, como Doña Celedonia Pacheco y Melo, Doña Juana Torino, Doña Andrea Zenarruza de Uriondo, Doña Magdalena Güemes de Tejada, Doña Loreto Sánchez de Peón, Doña Vicenta Figueroa de Ibazeta y Doña Josefa Tejada y Blanco de Saravia, se habían constituído de común acuerdo, con las mujeres de la plebe, en espías sagaces y perpetuos para trasmitir—según propia confesión de Pezuela—las ocurrencias más diminutas del ejército real, llegando algunas hasta el extremo de entrar en pendencia de amores—aunque con la discreción necesaria—para seducir sus oficiales y luego inducirles á formar en las filas de los independientes.

A este respecto cuéntase que durante los pocos meses que el General San Martín estuvo encargado del mando de los restos del ejército patriota que se había salvado del desastre de Viluma, recibía con regularidad noticias exactas de la situación y fuer-

zas del enemigo por conducto de una señora de Salta, Doña Toribia *la Linda,* así llamada por su notable hermosura.

Esta señora, todo amabilidad y belleza, era galanteada asíduamente por el Comandante Castro, americano iluso que mandaba la vanguardia de los realistas y que había contribuído, quizás más que otro alguno, á las desgracias de los patriotas, así por su valor personal como por el completo conocimiento que tenía del terreno en que se hacía la guerra.

Pero su orgullo, sus esperanzas de ascenso, todo lo había cedido Castro ante las fingidas lágrimas de quien él creía su prometida, la cual de acérrimo enemigo declarado de nuestra causa, le había convertido, por obra y gracia de sus encantos físicos, en uno de sus más decididos partidarios.

La conversión de Castro habría puesto de golpe término á la guerra, si un compañero felón, á quien él habíale comunicado su secreto para que le ayudára en la empresa, no lo hubiese revelado á sus jefes.

Descubierta la conspiración casi en el instante de estallar, el Comandante Castro fué preso por orden de Pezuela y fusilado en el pueblo de Moraya, muriendo así á manos de sus antiguos correligionarios políticos, traidor á su patria y perjuro á su fe.

UNA SUFRIDA SALTEÑA

Son tantas y tan similares las acciones heróicas en que han intervenido las mujeres salteñas durante la época de las invasiones realistas, (1813 á 1817) que aun á trueque de repetirnos en las expresiones nos vemos precisadas á referirlas, siquiera para no dejar en el olvido nombres que debrían perpetuarse en el corazón de cuantos aman las glorias de nuestro país.

El siguiente episodio encierra toda una larga cadena de penalidades, sufrimientos y persecuciones de que fué víctima en su provincia natal Doña Gertrudis Medeiros de Fernández Cornejo, y enseña cómo sabían sufrir sin exhalar una queja, las nobles matronas que contribuyeron á fijar nuestra nacionalidad.

Muerto prematuramente su esposo, militar valiente y uno de los más decididos y activos partidarios del nuevo orden de cosas, Doña Gertrudis ocupó el claro que él había dejado en las filas de los patriotas. Anteriores y valiosas donaciones hechas por ambos

en obsequio á éstos, no habían agotado su fortuna, pero sí la habían disminuído notablemente. No obstante esto, su estado de viudedad y haber quedado con dos tiernas niñas, la señora Medeiros no puso coto á sus generosidades. ¡Para ella, la patria estaba antes que todo!

Su conducta, notoriamente pública en Salta, irritaba á los partidarios de los españoles, que eran numerosos en la ciudad. La primera vez que experimentó quebrantos de la mayor magnitud, fué en 1812. El avance del ejército realista la sorprendió en su hacienda, á pocas leguas de la ciudad, sin darle tiempo para huir. El enemigo innoble no respetó ni su sexo: sin piedad alguna fué arrancada de su hogar y encarcelada, siendo saqueada su hacienda y su casa principal de Salta, en tanto que otra era demolida intencionalmente para construir trincheras con sus escombros.

La victoria que poco después obtuvo el General Belgrano libertó á la noble dama de su cautiverio.

Sin sus dos hijitas, idolatrados frutos de su amor, talvez hubiera sido una amazona que guiára en la defensa del territorio á los famosos gauchos de Güemes, de quien era valiosa auxiliar.

El año 1814, otra partida realista asaltó de noche su hacienda, destruyéndole lo poco que había quedado de su propiedad en los anteriores saqueos. Es fama que entonces, Doña Gertrudis Medeiros, al frente de sus pocos servidores, resistió valerosamente con las armas en la mano, pero fué vencida. Luego la llevaron prisionera hasta Jujuy, donde aprovechando su relativa libertad se convirtió en espía de los patriotas dentro del campo enemigo, llegando

á ser auxiliar famosísimo del Comandante Güemes, á quien tenía bien instruído de cuanto en él ocurría. Pudo evadirse, al fin, cuando los realistas evacuaron á Jujuy.

Vuelta á su ciudad natal, madre é hijas bebieron amarguras indecibles en medio de su indigencia. Así, pobres y desamparadas, entre privaciones extremas y sufrimientos sin cuento, se vieron obligadas á emigrar al Tucumán, huyendo de los españoles que en 1817 volvieron á invadir el territorio.

Allí falleció más tarde Doña Gertrudis Medeiros sin que el gobierno dispensára á esta noble patriota nigún género de protección. Pero ella no se quejó jamás.

Así sufrían y callaban las mujeres de aquella época!

PROFECIA REALIZADA

El brillante episodio que pasamos á relatar, rigurosamente histórico como todos los que contiene este libro, demuestra una vez más no sólo el temple de acero de la mujer americana en las luchas por su independencia, sí que también la fe, la esperanza en el porvenir, de que estuvo siempre poseída, aun en las más críticas y desesperantes situaciones.

Sofocada la primera conmoción liberal ocurrida en la ciudad de La Plata ó Chuquisaca el año 1809, el decrépito Mariscal Nieto, Presidente de Charcas por aquella época, instruído de la adhesión entusiasta que las chuquisaqueñas prestaban al nuevo sistema, y animado de su espíritu vengativo y perverso, cometió la villanía de proscribir á varias distinguidas señoras de esa ciudad, entre ellas á Doña Teresa Bustos de Lemoine, una de las más ilustradas mujeres de su tiempo.

Esta dignísima matrona que se había señalado por su ardoroso entusiasmo á los derechos legítimos de su país, trás confiscación de todos sus bienes fué condenada al destierro de Lagunillas, horroroso páramo cincuenta y una legua distante de Chuquisaca y veinte y dos al Oeste de Potosí, obligán-

dosele á que se trasladara allí con nueve criaturas, á pie, por caminos escarpados y desiertos, sin el menor auxilio para su manutención y abrigo.

Este rasgo de crueldad inaudita puso de manifiesto en toda su desnudez la negrura de alma de aquel funcionario, que bien pronto desapareció por fortuna de la escena, fusilado por los patriotas al día siguiente de la batalla de Suipacha. (Noviembre 7 de 1810).

La resignación y firmeza que demostró la heróica señora de Lemoyne ante tan inhumano tratamiento, es sólo comparable á la de las romanas de la antigua República.

No se inmutó cuando le intimaron la horrenda sentencia, ni manifestó siquiera la más leve desazón. En vez de humillarse ante el tirano, en vez de solicitar gracia, que quizá habría obtenido, contestó con su natural altivez á los que la compadecían viéndola partir seguida de sus nueve hijitos:

—La aurora de nuestra felicidad acaba de nacer: una nube pasajera la oscurece. Para disiparla hemos menester constancia, y ¿podrá haber patriotismo si renunciamos á esta virtud?

En efecto, la señora de Lemoyne, despojada de todos sus bienes, expulsada de su casa arbitrariamente, sufriendo ella y sus hijos lo que no es decible, supo mantenerse firme, valiente y serena en su penoso destierro hasta el feliz momento en que, derrotado Nieto por los patriotas en las márgenes del Suipacha, éstos la sacaron en triunfo restableciéndola á su hogar.

La profecía de la ilustre patriota se había realizado!

ARENGA CONMOVEDORA

Era á mediados de Noviembre del año de la Revolución.

El Coronel Balcarce acababa de obtener sobre el pusilánime Mariscal Nieto la primera victoria argentina, destrozando completamente á los españoles en los llanos de Suipacha. Seis días después la docta Chuquisaca, noticiada del desastre, insurrecciónase de nuevo, y en Cabildo abierto reconoce á la Junta Gubernativa de Buenos Aires jurándole obediencia y fidelidad.

El golpe, sinó decisivo, debía ser mortífero para los opresores del Alto Perú.

La ciudad de los cuatro nombres, (indistintamente: La Plata, Charcas, Sucre, Chuquisaca) engalanada con paños, arcos y guirnaldas de follaje, abre sus puertas al ejército vencedor y le recibe en medio á estruendosas aclamaciones y vítores, consagrando en su honor una pomposa fiesta, con la que los chuquisaqueños quieren significar así su leal adhesión á la sagrada causa americana.

Llegado el momento de la solemne recepción, el General Balcarce, Comandante del ejército auxiliar, y el Doctor Castelli, representante de la Junta de Buenos Aires, seguidos de numerosa comitiva de Jefes y Oficiales se encaminan al Palacio Consistorial, donde tenían preparado alojamiento, y apenas recibidos, una diputación compuesta del bello sexo, manifestó deseos de cumplimentar á los héroes de aquella memorable jornada.

Encabezaba el grupo de señoras y niñas, una de las jóvenes más distinguidas de Chuquisaca, la señorita Mercedes Tapia, criolla de peregrina belleza y elevadas dotes intelectuales.

Esta niña, cuya abundante y sedosa cabellera negra contrastaba poéticamente con la blancura inmaculada de su sencillo vestido, se adelantó al estrado en que se hallaban los patriotas, con ademanes de una dignidad natural que realzaba su delicada figura, y con vibrante voz pronunció una entusiasta arenga en la que campeaban frases tan conmovedoras como éstas:

"¿Cómo ha sido posible,—dijo, recordando los ultrajes á la patria,—que por tanto tiempo sufriésemos el ignominioso espectáculo de ver á nuestros compatriotas degradados al extremo de tener que renunciar á las nobles prerrogativas que los elevan en nuestra estimación?

"¿Quiénes son los que así encadenaron las fuerzas físicas y mentales de nuestros padres, hermanos y amantes?... Unos hombres vulgares, rapaces, sin educación, sin moral!

"¿Os someteréis por más tiempo al oprobio de ser esclavos de gente advenediza? ¿Consentiréis que

vuestras madres, vuestras hijas y esposas, se abatan por más tiempo ante esos extranjeros tan orgullosos y, sin embargo, tan ignorantes de los goces de la libertad?

"No! Yo leo en vuestros varoniles rostros que estáis determinados á sacudir para siempre tan humillante yugo.

"En cuanto á nosotras, no habrá sacrificio que no hagamos gustosas: mientras los tiranos ocupen un sólo palmo de nuestro país, nada nos distraerá de los medios de salvarlo. Aquí están nuestras alhajas, las prendas de nuestro amor. ¿Podremos acaso emplearlas mejor que en vosotros mismos? Si volvéis vencedores, ¿no os contentaréis con nuestras virtudes? Si sóis vencidos, ¿habrá americana que quiera adornarse para agradar á los exterminadores de sus compatriotas? Pero, al desprendernos de vosotros, ¿no renunciamos á todo...?

"Corred, pues, á las armas! Id y mostrad en el campo de batalla, hasta dejar sellada con sangre vuestra libertad y la nuestra, que sóis los defensores de nuestros hogares y de nuestros derechos, los defensores de la inocente América, sus dignos hijos!

"Si fuere necesario cooperaremos nosotras también con el fusil al hombro, con el sable en la mano. En vuestra ausencia tejeremos guirnaldas con que orlar vuestras valientes sienes; cuidaremos de los enfermos y heridos; trabajaremos para vuestra subsistencia y la de los huérfanos que dejéis á nuestro cargo.

"¡Marchad, y volved victoriosos!"

Una salva de aplausos tan expontánea como jus-

ticiera atronó el recinto consistorial, coronando dignamente la patriótica arenga de la gentil é inteligente Mercedes.

Cuando se extinguió el éco de la postrer palmada, pudieron percibirse muchas lágrimas. Hasta las encendidas mejillas de los guerreros se notaron humedecidas por la emoción y el entusiasmo.

Ah! cuántas habían de costarle más tarde á la valerosa niña esas palabras, que sintetizaban el patriotismo abnegado y sublime de las damas chuquisaqueñas!

Así sucedió, en efecto: reconquistada esa ciudad por los realistas que comandaba el indigno Goyeneche, Mercedes Tapia fué de las más perseguidas. No obstante, y soportando con varonil entereza todas las afrentas que la inflijían de contínuo los españoles, vivió lo suficiente para morir consolada. Idólatra de su patria, cuando supo el triunfo de los patriotas en Salta, espiró en el acto, de puro gozo, en pleno albor de su juventud y belleza!

¡Cuán exquisita y sensible debía ser el alma de Mercedes Tapia!

¡Evoquemos su nombre con admiración y cariño!



ATROZ SUPLICIO

A fines de 1811, destruído el ejército de la Patria en Sipe-Sipe después de la felonía de Huaqui, las cuatro intendencias del Alto Perú, que hoy forman la República de Bolivia, quedaban nuevamente á merced del bárbaro Goyeneche, el caudillo español que más se cebó en la sangre de los americanos.

Apenas se vió éste en posesión de aquellas, su enconosa rabia desatóse iracunda sobre todos cuantos se habían pronunciado en favor de la Revolución, y el suplicio de los miembros de la Junta tuitiva de la Paz fué el primer eslabón de la larga cadena de crímenes con que se manchó para su eterna infamia.

Ni el bello sexo, que con tanto entusiasmo contribuyera al sostenimiento de los patriotas en esa vasta zona, pudo eludir la tremenda cólera de aquel mal hijo de América.

Infinidad de señoras, entre ellas Doña Casimira de la Iglesia, viuda del Oidor de este nombre, reci-

bieron extorsiones, ultrajes y vilipendios hasta ser afrentadas públicamente con mordazas, ya por haber defendido la causa de la Patria, ó haber tenido valor de desconocer autoridad en Goyeneche.

Estos horrorosos atentados que repugnan por su crueldad, gustaba el tirano de aplaudirlos desde el balcón de su casa en Potosí, donde había establecido el Cuartel General, complaciéndose además, como en la Paz, Cochabamba y Chuquisaca, en obligar á que las inocentes compañeras de sus víctimas presenciasen hasta el último momento las monstruosas ejecuciones que decretaba con una ferocidad de que no existe precedente.

El sabio mineralogista, el justificado Matos, fué uno de los que allí tuvieron que expiar el delito de haber sido útil á su patria con sus conocimientos y honrádola con sus virtudes.

La digna esposa de aquel hombre meritísimo, participaba de los mismos sentimientos que su virtuoso compañero, y debía, según las "*máximas*" que profesaban los tiranos, tener parte también en sus agonías.

Un destacamento de soldados, cuyas fisonomías infundían terrible pánico, la condujo al lugar donde su desgraciado esposo debía exhalar el postrer suspiro y darle el último adiós.

Al acercarse al patíbulo, en cuya horca improvisada balanceábase ya como racimo el cuerpo de Matos, decíanle aquellos mónstruos, con refinado cinismo:

—Levanta la cabeza, orgullosa rebelde! ¡Mírale, mírale expirar!...

Una mujer vulgar no habría podido resistir tan-

to salvajismo, pero la varonil esposa del malogrado Matos no se mostró indigna de él, ni aún después de haber apurado hasta las heces el cáliz de la adversidad y de la humillación más degradante.

Así, pues, llena de valor y entereza, alzó los ojos hacia su moribundo compañero, hablándole en estos términos:

—Esposo querido y bien amado: tú me enseñaste á vivir, tú me enseñaste á sufrir, y ahora me enseñas á morir. Sube al cielo mártir de la patria, que yo no tardaré en seguirte.

Aun respirando aquél le separaron á hachazos la cabeza del tronco, la ensartaron en una pica á vista de su desconsolada viuda y la llevaron en procesión por las calles de Potosí hasta la casa del ajusticiado, á cuya puerta la fijaron.

—Sirva esto de escarmiento á tí y á los que piensan como tú!—le dijeron á tiempo que la metían á empellones en su casa, apostrofándola.

Afortunadamente pronto vino la muerte á libertarla de su dolor y de los insultos de aquellas fieras humanas que se engañaban miserablemente al figurarse que medidas de esta naturaleza intimidarían á las americanas!

LAS MARTIRES DE LA PAZ

Aún se estremece el corazón de horror al pretender recordar someramente las cruentas escenas de los españoles en la Ciudad de La Paz, después que éstos sofocaron el movimiento liberal promovido por el ilustre americano Pedro Domingo Morillo!

Los principales caudillos de la insurrección fueron condenados á la horca; más de ochenta complicados, sufrieron el destierro y confiscación de bienes, y los menos prestigiosos, sumidos en oscuras mazmorras, de donde no todos salieron ilesos.

Poco tiempo después, conocido en La Paz el éxito brillante de las armas argentinas en Suipacha, las paceñas que habían abrazado entusiastas la causa de la independencia y cooperado á ella por cuantos medios les fué posible, fueron también víctimas expiatorias de los opresores del Alto Perú.

Perversos y vengativos, las hicieron sufrir crueles persecuciones y horribles padecimientos que ellas soportaron con heroica resignación, sin que jamás de sus labios brotara una palabra de protesta. Antes y después de la felonía de Huaqui,—baldón eter-

no para Goyeneche,—antes y después de Vilcapujio y de Viluma, la conducta irreprochable de las paceñas excede á toda ponderación.

La crueldad de aquellos monstruos capitaneados por el Virrey Abascal, y que la Historia conoce con los nombres de Nieto, Ricafort, Landivar, Tacón, Aguilera, Marcó, Goyeneche, Ramírez y Sánchez Lima,—casi todos famosos Gobernadores por sus desgobiernos y tropelías,—llegó hasta el punto de ofrecer á los ojos de las desventuradas paceñas los palpitantes miembros de los amados de su corazón, obligándolas á que acompañaran su bárbaro triunfo, mientras los paseaban clavados en largas picas por las calles ensangrentadas de La Paz!

Que espectáculo más horripilante!

Y sin embargo, en aquellos días inacabables de luto y desolación, aunque observadas en sus menores movimientos y vejadas á cada paso por los mercenarios del feroz Ricafort, ellas supieron mantenerse siempre firmes, siempre fuertes como la mujer del Evangelio.

En ellos, como en los de prosperidad, y fieles á sus principios, hicieron los últimos esfuerzos, ya para restablecer el simulacro de la Patria, ya para aplacar las iras de esos tigres sedientos de sangre que los gobernaban.

Y cuán sublime la abnegación de las paceñas! Con una mano remitían secretamente auxilios á los patriotas; con la otra, prodigaban oro á los enemigos para salvar de la venganza á sus conciudadanos.

Aun después de la evacuación del Alto Perú por el grueso del ejército independiente, tuvieron valor de mantener comunicación con los vencidos y continuar contribuyendo á su reorganización, pues co-

mo lo expresa el General Paz en sus *Memorias,* ''el país simpatizaba con nosotros, y en lo general se prestaba *á toda clase de sacrificios*: unas, equipaban y aconsejaban á sus hijos que pasasen á reunirse con los patriotas; otras, fomentaban la intrepidez de las guerrillas que habían quedado en las serranías, empleando todas los mayores artificios y apurando su natural ingenio para engañar al enemigo y salvar la Patria''...

¡Mártires de La Paz! Habéis dado el más hermoso ejemplo de consagración patriótica! Sobrevivistéis valerosamente para ver arrancar de vuestro lado á los que tenían títulos más sagrados á vuestra ternura, para verlos arrastrar de suplicio en suplicio hasta el patíbulo!

Mejor ¡Sin tantas pruebas de valor como disteis, no habrían brillado tanto vuestras virtudes cívicas!

¡Con ello os habéis hecho acreedoras al tributo de respetuosa admiración que os brindarán por siempre los corazones sensibles, los corazones patriotas, los corazones esencialmente americanos!

LAS MUJERES DE COCHABAMBA

Apartemos la vista de esas mujeres ajadas, deshonra de su patria y de su sexo, para fijarla y hacerla fijar á nuestras hermanas, á nuestras hijas, á nuestras compatriotas, en esa heróica Cochabamba, modelo de patriotismo, dechado de virtudes domésticas, que tiene un pedestal en cada corazón patriota.

¿Vamos á referir, acaso, su historia de tantos años, historia sangrienta de que la invicta Cochabamba ha sido el teatro más fecundo en hechos memorables de abnegación y valor que presentan las Provincias Unidas?

Nó! vamos á traer simplemente á la memoria uno que otro de esos múltiples episodios culminantes que llenaron de admiración al mundo y en que el espíritu marcial de esos heróicos hijos de América contuvo en gran parte los progresos de las armas victoriosas del Virrey Abascal en el Alto Perú.

Insensibles los cochabambinos á las cada vez mayores crueldades de los tiránicos mandatarios españoles, seis veces se sublevaron en masa, desde 1809,

casi á la vista del ejército realista, sin que éste pudiera conseguir jamás dominarlos por completo.

Las cenizas de las víctimas que sacrificaba el despotismo, parecían engendrar nuevos defensores de los derechos de América:

"No, no defienden los injustos fueros
De un avaro señor, ni los palacios
de un déspota orgulloso . . . . .
. . . . Sus hogares,
Su rústica inocencia, sus costumbres.
Tales son los derechos que inflamando
Su puro corazón, á guerra eterna
A la lid les provoca y á la venganza"

Estas estrofas ponen de relieve el influjo poderoso que tuvieron las mujeres de Cochabamba durante esa interminable lucha por su independencia.

Ya muy al principio habían demostrado las cochabambinas su entusiasta adhesión al nuevo orden de cosas. Ellas provocaron con su ejemplo, con su abnegación y constancia, las ínclitas proezas de los hombres, que en la primera reconquista de Cochabamba pelearon como bravos, mereciendo que el General Arce que comandaba la plaza, les dirigiera aquella famosa proclama:

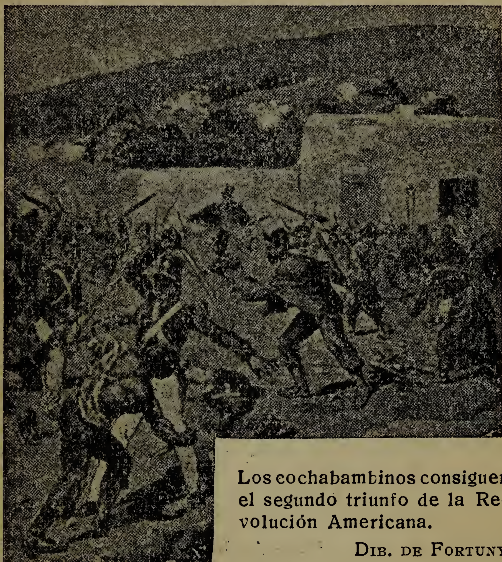
''Valiente cochabambinos: ante vuestras macanas, el enemigo tiembla''.

Ellas, han sido sus rivales, y se han inmortalizado por su denuedo, sobrepujando en sus virtudes á las demás americanas.

¡Cuántas y cuantas veces pelearon las cochabambinas al par de sus hombres, con verdadera bizarría, en combates que ya de antemano sabían iban á sucumbir á la superioridad numérica! Mas nada las arredraba!

El siguiente episodio, dará una medida del heroismo y bravura con que combatieron, pues en nuestro humilde concepto carece de paralelo:

Viéndose obligado, en 1815, el General Pezuela, por las operaciones del General Rondeau, á retrogradar concentrando todas sus fuerzas para resistir á los patriotas, solo pudo dejar en Cochabamba una escasa guarnición veterana. Esta fué la ocasión



Los cochabambinos consiguen el segundo triunfo de la Revolución Americana.

DIB. DE FORTUNY

que las cochabambinas elijieron para señalar su patriotismo y valor á toda prueba.

Á pesar de no haber en toda la Ciudad número suficiente de hombres para batir á los soldados españoles, éstos estaban sin embargo recelosos, pues yá sabían de la intrepidez de las mujeres, demostrada en anteriores combates y escaramuzas.

Resueltas á todo las esforzadas cochabambinas, maduran un plan: apoderarse del Cuartel y de la tropa. Puestas de acuerdo, deciden dar el golpe después del toque de oración; y al efecto, armadas del mejor modo posible se presentan en buen orden delante del Cuartel é intiman á la tropa rendición.

Por toda respuesta reciben una descarga de fusilería! Pero el silbido de las balas no las intimida; acometen con bríos al enemigo, y aunque tres veces son rechazadas, otras tantas vuelven á la carga hasta que al fin logran posesionarse de un punto fortificado con parapetos (Cerro San Sebastián) y triunfan completamente, no sin tener que lamentar numerosas bajas. Varias de esas heroinas murieron á consecuencia de las heridas que recibieron en el combate; otras quedaron inútiles para toda la vida.

Las vencedoras, tan generosas como osadas, trataron á los españoles con la mayor humanidad: después de vendar á los heridos y confortarles con dulces palabras de consuelo, los enviaron, junto con los demás prisioneros, á disposición del General Rondeau. El héroe del Cerrito, resistióse en un principio á dar crédito al esforzado heroismo de las cochabambinas.

Derrotados poco después los soldados de la Patria en Viluma, los españoles volvieron á apoderarse de Cochabamba, y tomaron tan bien sus medidas que lograron prender á doce de las señoras que se habían distinguido más en el ataque á la guarnición.

El inhumano Pezuela, sin consideración al sexo y al valor extraordinario que habían demostrado por

su causa, las condenó á morir en infamante horca!

¡Bárbaro!

Conducidas al lugar del suplicio conservaron todas ellas una energía asombrosa de que hay escasos precedentes. Ya con el cordel ajustado: ¡*Viva la Patria!* gritaban, y ¡*Viva!* balbutían en coro sus moribundas lenguas, balanceándose en el espacio.

Horas después de esta desgarradora escena sus cuerpos fueron descuartizados, y los pedazos colocados en jaulas de hierro sobre altos palos, en los parajes más frecuentados de los caminos públicos en las cercanías de la ciudad!

Para conmemorar el heroismo de las cochabambinas y mantener siempre encendida la llama del patriotismo, un Ayudante de cada cuerpo del Ejército Libertador del Perú, á la lista de la tarde, llamaba con vibrador acento:

—¡LAS MUJERES DE COCHABAMBA!

A lo que contestaba un Sargento, melancólicamente:

—¡MURIERON EN EL CAMPO DEL HONOR!

¿Habrá después de esto, quien quiera disputar la palma á estas mártires sublimes de la Independencia?

Ni sospecharlo queremos!

Sus vidas sacrificadas gloriosamente en la plaza de Cochabamba, excitarán por siempre el llanto de los sensibles!

UNA INTREPIDA GUERRILLERA

Cuando se escriba la historia de los valientes guerrilleros que defendieron la independencia americana—dice uno de los más entusiastas biógrafos de la heróica defensora del Villar—descollará en primera línea la valerosa figura de Doña Juana Azurduy de Padilla.

En efecto; esta valiente amazona que en el fragor del combate arrancó al enemigo la bandera con que combatía, es una de las mujeres que más notables se hicieron en la guerra de la independencia por su valor extraordinario y su carácter de una firmeza inquebrantable, unidos á un patriotismo y decisión asombrosos.

Nacida en Chuquisaca y dotada de una belleza y trato poco común, matrimonióse en 1805 con el Coronel Don Manuel Asencio Padilla, (*) acompañándole desde entonces en todas sus expediciones y tomando parte activa en todos los combates.

(*) No confundir con Aniceto Padilla cochabambino tambien, que fugó de Buenos Aires en 1806, cuando las invasiones inglesas. — *N. de la A.*

Sublevados en masa los naturales del país, Padilla, alma de este movimiento, con Camargo, Muñecas y Lanza, importantes y prestigiosos caudillos, inició contra los realistas una guerra heróica y desesperada, operando en su republiqueta cuyos indígenas le seguían poseídos de fanatismo patriótico como á su esposa, que cual ángel tutelar de los pobres se complacía en repartirles los beneficios de su expléndida fortuna.

En los primeros días de Febrero de 1816 y después de algunas escaramuzas, hallándose en la plaza principal de Chuquisaca el jefe realista La Hera, el Coronel Padilla lo ataca allí, trabándose un reñido combate. En él se destaca Doña Juana Azurduy que montaba un brioso corcel y vistiendo una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un lijero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes, recorre las filas de sus valientes indios incitándoles con la voz y con la acción á la pelea.

Tanta intrepidez y bravura demostrada en la refriega asombran al jefe realista, quien ordena sea respetada la vida de esta heróica amazona.

—Sí,—dice el Coronel Herrera—yo seré el primero en respetar la vida de esa sublime mujer, por que la quiero hacer mía tomándola prisionera.

—Vana empresa me parece—replicó La Hera.

—No tanto, General. Mirad.

Y apuntando con fijeza, mató de un pistoletazo el caballo que montaba la heroina, lanzándose enseguida á perseguirla. Pero la noble amazona supo defenderse y fué defendida con tal denuedo que salió del campo de batalla libre é ilesa!

Pero donde señalóse con mayor relieve el arrojo



1816. — **Doña Juana Azurduy de Padilla en la defensa del Villar.**

Dib. de E. Holmberg (hijo)

de esta mujer, fué en la defensa del Villar, donde el Coronel Padilla la destacó con fuerzas á su mando, mientras él situábase con su división en San Julián, á una legua escasa de la Laguna, punto éste en que se hallaba campado el enemigo con fuerzas superiores.

Inducido La Hera por Herrera á que le presentára batalla, aquel salió de la Laguna creyendo encontrar á Padilla y cortarle la retirada, mientras el segundo con un grueso pelotón de su gente se dirigía á la hacienda del Villar, siempre firme en su propósito de tomar prisionera á la heroina.

Ya la señora Azurduy le esperaba á la cabeza de treinta fusileros y doscientos onderos, cuando al sentir el marcial estrépito de los españoles la noble mujer gritó á los suyos:

—Se nos vienen! Fuego cuando estén á quince pasos, y á la bayoneta, muchachos!

Así se hizo, cargando sobre el jefe realista con tal esfuerzo y denuedo que los suyos le matan quince hombres poniendo en dispersión á los demás. Trábase entonces en singular combate con el mismo Herrera, al que sorprendido, asombrado sin duda de tamaño arrojo, hiere, derriba y manda ultimar.

Cuando al estruendo de la fusilería llegó el Coronel Padilla, no vió más que el desbande de los españoles y entre el humo, aun no extinguido del combate, á su denodada esposa que agitaba como triunfal trofeo una bandera española que con sus propias manos había arrebatado al enemigo, la misma que momentos antes flameara en las de Herrera jurando la colocaría en lo más alto del caserón del Villar.

Acción tan brillante y meritoria llega á conoci-

miento del General Belgrano, quien la comunica inmediatamente en nota al Director Supremo Pueyrredón. Este, con fecha 13 de Agosto de 1816, la otorga los despachos de Teniente Coronel de milicias partidarias de los Decididos del Perú "en " justa recompensa de los heróicos sacrificios con " que esta virtuosa americana se presta á las ru- " das fatigas de la guerra en obsequio á la liber- " tad de la Patria ".

Un mes después, en el combate de Viluma pelea al frente de su batallón "Leales" recibiendo una herida que supo disimular hasta el final de la acción, donde vió morir heróicamente á su querido esposo. Batido éste por el Coronel Aguilera, cae prisionero, y después de un pistoletazo el jefe realista, por su propia mano, le cortó la cabeza.

Con tan infausto suceso, los restos de las fuerzas de ese temible é intrépido guerrillero se retiran á Pomabamba, sobre la frontera del Chaco, y en el punto denominado Segura se reunió una junta de guerra á la que asistió Doña Juana en su calidad de Teniente Coronel de los Ejércitos de la Patria, y vestida de luto por la pérdida de su ilustre esposo votó á la par de los demás Capitanes, resolviéndose confiar el mando de la insurreción al Comandante Don Jacinto Cueto.

La muerte de su patriota esposo no la acobardó á proseguir en la árdua empresa, si bien la afectó grandemente pues era á quien "primero amara después de la patria". Ella siguió empuñando la espada y no la abandonó hasta que vió á su país constituído en nación independiente y libre del tutelaje español.

La memoria de esta heroina se ha conservado entre el pueblo boliviano con la veneración y respeto que merecen sus heróicas acciones.

La historia americana ha recogido su nombre, colocándolo entre los más sublimes de la epopeya de 1810!

III

EMANCIPACION AMERICANA

UN CARACTER EXTRAORDINARIO

Entre las más ilustres patricias chilenas que honran con su nombre las cruentas jornadas de la independencia, cuéntase á Doña Paula Jara-Quemada que en ocasión de la sorpresa de Cancha Rayada supo hacer brillar las virtudes que la adornaban. haciéndose notar no solo por su piedad y filantropía, sino también por el temple de alma extraordinarió y su gran corazón de patriota.

Noticiada esta Señora, á raiz del desastre, de que el General San Martín á la cabeza de algunas fuerzas debía pasar por su hacienda de Paine, hizo reunir á todos sus arrendatarios, peones y capataces, los armó como mejor pudo, y saliéndole al encuentro se presenta á él y le dice con los ojos centelleantes:

—¿Con que ha sido Vd. desgraciado, querido libertador de mi Patria? Le han batido los españoles? Volverán á dominarnos sus armas? Hay algún remedio? Cuál es?... Dígame Vd. por Dios, ¿puedo servir de algo? Disponga Vd. de mis bienes, de mis criados y peones, de mis hijos, de mi propia perso-

na, que todo lo sacrificaré gustosa en aras de la Patria!

Tranquilizada algún tanto por el General,—que algo enfermo había penetrado á descansar en un rancho á la entrada de esa hacienda,—prosiguió Doña Paula:

—Antes mandé el resto de mi ganado en auxilio del ejército; ahora traigo cincuenta de mis inquilinos, patriotas á toda prueba, para que los incorpore Vd. á sus filas. También le presento aquí mis dos hijos con igual objeto.

Y dirigiéndose á ellos, les arrengó en tono firme y varonil con estas palabras:

—Hijos mios! Sabed que si no cumplís con vuestro deber, dejaréis de llamarme madre. Acordáos de que la muerte es preferible á la ominosa esclavitud que nos quieren deparar los enemigos. Yo os daré el ejemplo. Seguidme y veréis cómo arrostraré los peligros hasta el último extremo antes que doblar la cerviz á los extraños.

Luego, dijo á San Martín, que la escuchaba como atónito por tanta intrepidez y abnegación:

—Buen ánimo, mi General; el revés que Vd. ha sufrido hará ver que somos dignos de ser libres; pronto acreditaremos á los invasores que merecemos tener una Patria.

Y el grupo de servidores fieles que la acompañaban, como también caballos, alimentos, refrescos, todo lo aceptó el Libertador, así como las casas de la hacienda que bien pronto se convirtieron en Cuartel general, almacén de víveres, hospital para heridos y punto de reunión desde donde los grupos dispersos eran remitidos al campamento general.

San Martín datό desde aquí las primeras órdenes que impartió para la reorganización del ejército patriota y que dieron por resultado la victoria de Maipo.

Evacuada la hacienda por el General, y poco antes que Doña Paula se replegase á Santiago con sus lindas hijas, tuvo lugar otra escena que revela el carácter, la tenacidad y altivez de esta patriota reconocida.

Hallándose sentada en los corredores de su magnífica finca, divisa súbitamente una partida de soldados españoles que se dirijen hacia ella. Esta se prepara á recibir á los terribles huéspedes, que ya se imaginaba venían, como era costumbre entonces, á hacer requisiciones de víveres, caballos y forraje para la tropa.

El oficial que la comandaba, por todo saludo dijo, al acercarse, señalando un costado del edificio:

—Las llaves de la bodega, señora.

—¿Necesita Vd. provisiones? Las tendrá Vd. en abundancia.

—Las llaves pido.

—Las llaves no se las entregaré jamás!

—Por qué? se atrevió á objetar el oficial.

—Por que nadie, sinó yo, manda en mi casa.

Ciego de cólera, ante la insolente mujer que pretendía poner coto á su voluntad soberana, el oficial mandó á su tropa:

—Arma á la cara! Fuego!!

Pero la excitación había sido recíproca. Mientras la tropa ejecutaba el movimiento para cumplir el mandato, Doña Paula, avanzando desde el dintel de la puerta, presentó su pecho á las carabinas tendidas horizontalmente gritándoles:

—Alto, cobardes! Id á buscar al enemigo donde debéis encontrarlo, pero no vengáis á desahogar vuestras pasiones enconadas en una mujer indefensa.

Desconcertado el oficial y á punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa á su alrededor, y como si hubiese encontrado á un tiempo venganza y castigo sin mancha para él, gritó con voz estentórea y ademan que no admitía réplica ni demora:

—A ver, incendien la casa por sus cuatro costados!

Por combinación acertaba á encontrarse cerca del pie de la indignada señora el tradicional brasero, conteniendo el agua para el mate,—tan frecuentado entonces,—y haciendo ésta rodar brasas y brasero hasta los pies de los soldados atónitos, replicó, señalando á los que iban á buscarlo:

—Ahí tenéis el fuego. Atrevéos, miserables!

Dominados los soldados por la centellante mirada de Doña Paula, después de un momento de silencio que bien podría traducirse en estupefacción, el oficial se desahogó en amenazas, y volviendo la brida á su caballo se alejó con los suyos dejando escapar un torrente de maldiciones.

Terminada la guerra de la Independencia, esta mujer extraordinaria abandonó la alta sociedad en que vivía y descendió á las miserias del pueblo derramando por todas partes socorros, auxilios, consuelos y favores.

PRONOSTICO CUMPLIDO

La guerra de la independencia americana fué muy fecunda en hechos heróicos de todo género, no solo por parte de sus valerosos hijos, sino también de sus ilustres matronas.

A este respecto la República de Chile no tiene que envidiar los sentimientos patrióticos de las mujeres de otros países sudamericanos. Para demostrarlo, ahí están entre otros muchos, á más de los que llevamos nombrados, los nombres venerandos de Doña Gertrudis Serrano, madre del General Don Ramón Freire, presa en un sótano en Talcahuano; Ana Josefa Guzmán de Larrain, Mercedes Guzman de Toro, Mercedes Toro de Aldunate, Mercedes Salas de Rojas, Josefa Fuentecilla, Gertrudis Rosales de Ramírez, Mercedes Rosales de Solar y María Cornelia Olivares, de quien pasamos á ocuparnos.

Esta heroica mujer vivía en Chillán en 1817. Días antes de la batalla de Chacabuco (12 de Febrero del citado año) el gobernador Marcó del Pont perpetró un hecho atroz en la persona de esta se-

ñora que se distinguía por su amor á la causa revolucionaria. Sabido es que, en concepto de los tiranos, no podía haber mayor delito. Sin embargo, contenidos por el temor de la influencia que tenía la familia de aquella señora en razón de sus numerosos parientes y de su fortuna, se contentaron por algún tiempo con perseguirla sijilosamente.

Mas, al fin, se sobrepuso el despotismo agonizante á toda consideración y respeto.

Cuando se supo en Chillán que los libertadores estaban salvando los Andes, no le fué posible á la patriota Olivares reprimir sus entusiasmos. En medio de los enemigos, irritados más que nunca por la tentativa de los independientes, tuvo ella valor de manifestar públicamente sus sentimientos, sus deseos y esperanzas, y de pronosticar el glorioso éxito que á los pocos días lograra aquella esforzada expedición en la cuesta de Chacabuco.

Entonces el gobernador realista, exasperado, fuera de sí, mandó adoptar este infame y corruptor medio de reducir á su enemiga: una vez aprisionada, le raparían el cabello y las cejas, y bien sujeta de pies y manos la tendrían expuesta en Chillán á la vergüenza pública.

Y así se hizo: desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, bajo un sol abrasador, sufrió con inalterable firmeza de ánimo los ultrajes que la inflingieron aquellos desalmados.

Restituída á su hogar, y á pesar de los crueles sufrimientos que había experimentado, la heróica Olivares no varió en un ápice sus ideas y sentimientos por los patriotas.

Libre Chile de las cadenas que la oprimían, la

heroicidad de esta noble mujer fué premiada por el Gobierno de O'Higgins, el cual, en decreto de 2 de Diciembre de 1818, declaraba á María Cornelia Olivares: *una de las ciudadanas más beneméritas del Estado,* en atención á sus sobresalientes virtudes cívicas.

Bien merecía tan honroso homenaje la sufrida patriota que con tanta fe y entusiasmo pronosticára el éxito glorioso de las armas que venían á libertar su patria del tiránico yugo español!

PATRIOTISMO Y AMOR FILIAL

La abnegada y virtuosa señorita de quien vamos á ocuparnos, no ha descollado por ningún hecho marcial como la mayoría de las damas que figuran en este libro, pero ha tenido valor bastante para mirar impasible la muerte y presentarnos un ejemplo, poco común, de patriotismo y amor filial.

Después de la batalla de Rancagua, ganada por Osorio, los más notables patriotas chilenos fueron deportados á la Isla de Juan Fernández, sin permitírseles más que una ración de soldado por persona y negando á sus esposas é hijas el consuelo de acompañarles en su cautiverio.

Una sola mujer, la señorita Doña Rosario Rosales, pudo vencer las dificultades que se presentaban y logró acompañar al autor de sus días, el septuagenario Don Juan Enrique Rosales. Contrariando la orden expresa de éste, que temía aumentar sus pesares con el espectáculo de los padecimientos de su hija, obtuvo á fuerza de ruegos y de lágrimas se le permitiese seguir á su padre, ciudadano benemérito y respetable que había llenado los primeros

empleos en el país y estaba á la sazón muy enfermo.

Los desvelos de esta buena y excelente hija, así en la navegación como en el destierro, fueron incesantes para aliviar los padecimientos de aquel infeliz, que se habían acrecentado de resultas de una caída que le obligó á hacer cama por espacio de seis meses. Cuando ella supo la derrota de los patriotas en Rancagua (3 de Octubre de 1814) fué acometida de una enfermedad de nervios que la atormentó hasta sus últimos días; más á pesar de esto, insensible á sus propios males, solo se acordaba de su amado padre.

Con una solicitud infatigable, con sus propias manos labró también la tierra para sustentarle, y se despojó de su ropa para preservarle de la intemperie. En ranchos de paja, destechados, expuestos á las lluvias que allí caen lo más del año, á los récios temporales que ahí soplan de continuo, mal provistos de ropa, sujetos á una escasa ración de frijoles y charqui, pasaron aquellos desventurados más de dos años con la mayor constancia, consolándose y ayudándose mútuamente; y la joven Rosales animaba á todos con su ejemplo, siendo el consuelo de todos los moradores de aquel triste desierto.

A los dos años se incendió parte de la población de Juan Fernández y con ella el rancho que ocupaba Rosales y su virtuosa hija y lo poco que tenían adentro para su abrigo. Reducidos á dormir á cielo raso, renovó aquel anciano los ruegos que repetidas veces había hecho á su amada Rosario para que regresase á Santiago.

—No, mi padre,—contestó,—la suerte de Vd. de-

be ser la mía. Permítame que siga acompañándole. No puedo ni debo separarme de Vd. El pensamiento solo de abandonarle me es menos soportable que la muerte.

Enternecido por estas palabras, accedió Rosales á sus súplicas, y continuó ella confortándole hasta que la batalla de Chacabuco puso término á tan larga serie de infortunios. La Providencia premió sus afanes.

Esta excelente hija, tan digna de ser citada como modelo de amor paternal y patriotismo, estimada de todos, gozó por largo tiempo, al lado de su padre y de su apreciable familia, del dulce espectáculo de ver libre y feliz á su querida patria.

UNA VICTIMA ILUSTRE

La causa de la Independencia ha costado á Chile también muchas lágrimas y mucha sangre, é inocentes víctimas se han sacrificado por ella en aras de la Patria.

Una de esas víctimas ilustres es Doña Agueda Monasterio, esposa de Don Juan Lattapiat que se distinguió en la reconquista de Buenos Aires (1806) al lado del General Liniers, y madre del valiente Coronel Lattapiat, uno de los héroes de la Independencia americana y del Teniente 1.° del Batallón número 4 del Ejército Libertador del Perú, que murió en el Callao defendiendo heroicamente la libertad.

Esta sola circunstancia, la de ser madre de dos héroes y esposa de un patriota distinguido, habría hecho acreedora á la señora Monasterio á merecer bien de la patria, si sus padecimientos, su heroismo y sus servicios prestados á la causa de los independientes no hubiesen hecho de ella una segunda Policarpa.

Inspirada en sentimientos de noble patriotismo,

tan luego como estalló la Revolución tomó parte activísima en favor de los patriotas, y su casa se convirtió más tarde en asilo de los comisionados que San Martín enviaba al otro lado de los Andes para estar al corriente de los asuntos de Chile.

Pillada en infragante comunicación con el futuro libertador de tres Repúblicas, el Presidente Marcó del Pont la mandó comparecer á su presencia, custodiada por soldados. De esta manera se la intimidaba para que confesara el nombre de los patriotas comprometidos en la Revolución.

Tarea inútil. Doña Agueda prefería morir y ser martirizada antes que divulgar un secreto que costaría la vida á numerosas personas ¡No lo revelaría jamás!

Convencido el Presidente realista de que nada conseguiría del carácter firme, tenaz y enérgico de su ilustre víctima, concibió hacerla morir á pausas en los calabozos de Santiago, y á su hermano Felipe, patriota ilustrado y distinguido, condenarlo también al presidio de Juan Fernández.

Estas y otras atrocidades cometidas por los españoles con seres tan caros al corazón de una mujer de tan distinguida posición social, no disminuían en lo más mínimo las convicciones políticas y los sentimientos patrióticos de la Señora Monasterio.

Desde la horrible prisión en que yacía sepultada, encontró medio, con la cooperación decidida de su hija Juana, de continuar sus interrumpidas comunicaciones secretas con sus hijos y con el General San Martín.

Pero una noche todas las precauciones fueron

estériles: el emisario de Doña Agueda fué tomado preso por algunos realistas en los arrabales de Santiago, y obligado por la fuerza á declarar conjuntamente con Doña Juana, confesó de plano.

Convencida ésta también de haber escrito varias veces á aquel General por orden de su señora madre, el Presidente Marcó decretó esta infame sentencia: al pie de la horca que debía alzarse para ejecutar á la señora Monasterio, se cortaría la mano derecha á su hija, antes de colgar á la madre, en presencia suya.

Estaba la horca puesta para ejecutarla al día siguiente, cuando empezaron á llegar las primeras noticias de una posible victoria obtenida por los patriotas.

Así era en efecto: San Martín acababa de obtener un glorioso triunfo sobre los realistas en la cuesta de Chacabuco (12 de Febrero de 1817), y esta importante acción de armas libró á estas dos víctimas de ser inmoladas de un modo tan cruel y bárbaro, si bien no las libró de la muerte, pues la Señora Monasterio murió al poco tiempo á consecuencia de enfermedades contraídas en las malsanas prisiones á que la condujeron sus generosos sentimientos.

Pero si la Señora Monasterio era notable por su acendrado patriotismo, no lo era menos por su caridad y amor maternal. Inspirada por el tierno cariño que profesaba á sus hijos, corrió á la plaza de Armas tan luego como oyó las primeras descargas del motin de Figueroa (1.° de Abril de 1811) para cerciorarse de si había sucedido algo á su hijo Francisco de Paula, niño entonces, y á quien

creía encontrar entre los cadáveres que en la acción habían quedado tirados en medio de la plaza.

Desde esta época hasta su muerte, acaecida como queda dicho pocos meses después de la entrada de San Martín en Santiago, datan los servicios prestados á su patria por esta heroina, víctima ilustre, que habría preferido mil veces la muerte y prefirió sufrir toda clase de tormentos y vejámenes antes que descubrir los secretos que se le confiaran y comprometer la santa causa de la Independencia.

PATRIMONIO DE UNA ANCIANA

Durante la gloriosa cruzada que tuvo sus comienzos en la actual Plaza de Mayo y terminó con la ocupación de Lima por el Ejército Libertador á la órdenes de San Martín, se desarrollaron de tal modo los fecundos y bellos gérmenes abrigados en el alma de la mujer americana, que produjeron hechos de una sublimidad innarrable.

En la sierra y èn la costa, en el llano y en poblado, donde quiera que resonó el grito consolador de Libertad fué siempre mezclado con los acentos melodiosos del bello sexo.

Aun en el territorio de que estaban en posesión los enemigos, había mujeres que se sobreponían á todo temor para demostrar su adhesión á la justa causa de la independencia, ya cediendo esclavos, mulas y caballos, ya género para vestir la tropa, comestibles para alimentarla y todo cuanto tenían y creían necesario al feliz éxito de la empresa libertadora.

El siguiente hecho no necesita comentarios:

En un pueblecito de la jurisdicción de Pataz,

sobre la ribera del Marañón, Departamento de Trujillo, llegó en 1821 una proclama de San Martín á manos de una sexagenaria, que á más de ser viuda era tan pobre que apenas con su trabajo personal alcanzaba á cubrir sus necesidades.

Sin embargo, hallándose esta humilde mujer en territorio dominado por las armas españolas, á trescientas leguas de los libertadores del Perú, no vacila en poner al General en Jefe del Ejército de los Andes una expresiva carta en la que, después de desahogar su pecho en el vivo amor patrio en que se abrasaba, le dice:

—Señor, sé que os faltan hombres y cabalgaduras. Tengo un hijo único y cinco caballos. Con estos y su trabajo me preporcionaba la subsistencia. En adelante, mientras vos libertáis á mi patria de sus opresores, la buscaré yo. Ya va á emprender el viaje para ponerlos con su persona á vuestra disposición. Esta es la orden que lleva, y va resuelto á no descansar hasta encontraros. Admitídlos, pues; empleadlos en el servicio de la Patria, que es á cuanto aspiro.

A los diecisiete días de camino por sendas escusadas y fragosas, logró el joven comisionado presentarse en el Cuartel General del Libertador, que estaba entonces en Supe, pueblo situado treinta leguas al Norte de Lima.

San Martín, sin sospechar siquiera el objeto de tal presentación, le recibió con su acostumbrada afabilidad, pero cuando leyó la carta y supo la causa de su venida al campamento, aquel gran hombre se sintió profundamente conmovido por tan magno sacrificio, le abrazó con vehemencia, le

colmó de favores, y á duras penas pudo persuadirle á que regresase á consolar su anciana madre.

Las pocas personas de su estado mayor que presenciaron la entrevista del joven lugareño con el bizarro General, no pudieron precisar después el



El patrimonio de una anciana. . . . . Dib. de Fortuny

nombre de esta patriota que tan sublime rasgo de abnegación presentara con su modesta ofrenda. Por otra parte, tampoco se insertó en los boletines del Ejército por no comprometerla con los realistas.

Tan bellísima acción merecería grabarse en el panteón de la Historia con caracteres indelebles para recordar á las generaciones de todos los tiempos el heróico sacrificio de esta pobre viuda, con cuyo único patrimonio quería coadyuvar á libertar su Patria de la odiosa esclavitud de los españoles!

Y ésta, que con Andrea Bellido y otras patriotas humildes pero entusiastas, forma la pleyade de hijas sublimes del Perú, vivió oscura sin pretender llamar sobre sí la atención pública, agena seguramente de que la historia hable de ella y de que nosotras recordemos, en estas páginas, ese rasgo divino con una pluma que creemos bastante desaliñada para tal elevación.

SECRETO A LA TUMBA

La Revolución de América ha revivido en el siglo de los mártires, y las hijas del Nuevo Mundo sellaron con su sangre la independencia de su patria.

El fin de la dominación española iba acercándose á medida que se derramaba sangre americacana; más aún, cuando ésta era la de una heroina como la inmortal Andrea Bellido, célebre por su entusiasta amor á la patria, por su constancia en servirla y por los cruentos sacrificios hechos en su obsequio.

Juzguen cuantos lean este episodio conmovedor:

Después de la acción de la Macacona (1822) se hallaba el guerrillero Quirós en Quiccamachai, seis leguas distantes de Huamanga,—de donde era oriunda la Bellido,—y quedó cortado por consecuencia de esta derrota con todas sus fuerzas, que no bajaban de seiscientos hombres con el aumento que le habían dado los patriotas de Huamanga (hoy Ayacucho).

Atacada dicha fuerza por los realistas, tuvo que abandonar Quirós sus posiciones, y entre los despojos que le tomaron en la retirada quedó una chamarra del marido de la Bellido, de la cual extraje-

ron una carta que aparecía firmada por la consorte y contenía noticias importantes para que se salvara esa fuerza patriota que iba á ser sorprendida en dicho Quiccamachai.

Al tomar declaración á la Bellido sobre su carta, hallaron que no hablaba el castellano y menos que podía escribirlo!!

Con este suceso acreció más el empeño de conocer el verdadero autor de la misiva que había dado un aviso tan interesante á los patriotas y del que se había hecho un misterio en la ciudad, estando el secreto reducido á pocas personas.

La Bellido negóse terminantemente á hacer esta revelación y prefirió la muerte á la declaración de un secreto que habría costado la vida al que vendió la confianza de los españoles, comprometiendo quizás á otros muchos vecinos.

A la hora que se había señalado para su ejecución si no declaraba quien era el verdadero autor de la carta, marchó al suplicio esta valerosa mujer de más de sesenta años, con una calma que aterró á los espectadores.

En tan preciso instante se le volvió á requerir para que confesara, salvando así su vida, pero la heróica Andrea Bellido insistió en su negativa, recibiendo la muerte con admirable firmeza y llevándose á la tumba su secreto.

Santa y noble mujer! cuánta abnegación, cuánto civismo habría en su alma por la sagrada causa americana!

Qué ejemplo edificante de carácter y entereza cívica!

LAS EDUCANDAS DE AREQUIPA

Allá por los años de 1825, yendo de tránsito el General Bolívar, de Lima á Potosí, llegó á Arequipa el 10 de Mayo de ese año. En esta localidad fué recibido como era de suponerse: toda la oficialidad se dirijió á felicitarle en el alojamiento que se le había preparado de exprofeso.

Inmenso concurso de personas notables, autoridades civiles y militares, el Obispo, Cabildo eclesiástico, comerciantes y numerosos extranjeros ocupaban el patio, los corredores y aun las sillas y sofás de las habitaciones destinadas al Libertador.

Alternativamente le fueron dirijidos varios discursos elocuentes, á los que Bolívar contestó con fuego y entusiasmo, brillando en sus ojos un aire de satisfacción inexplicable,—cuando en medio del alborozo que reinaba allí se vió venir, haciéndose paso por entre la multitud, á un respetable sacerdote á quien seguían modestamente dos niñas de extremada belleza, de once á doce años de edad, ricamente vestidas y adornadas con prendas de esquisito valor.

Detrás de ellas venían dos criadas bien vestidas, que conducían, bajo paños, unas grandes palanganas de plata maciza repujada á martillo. Luchando con el numeroso gentío que oponíase á su paso, llegaron por fin al corredor principal donde el General Bolívar se hallaba de pié.

Las dos niñas se adelantan; hacen á sus criadas que pongan á las plantas del Libertador ambas palanganas, dentro las cuales se veían algunas prendas de oro y plata y una cantidad de moneda acuñada de uno y otro metal. Hecho esto, la una y la otra le dirijieron un discurso tan tierno y tan poético que conmoviendo sensiblemente á aquella numerosa reunión, solo se veían descender por las mejillas de los concurrentes las lágrimas que una intensa emoción había arrancado de sus ojos.

Las niñas pertenecían á una familia distinguida de Arequipa. Eran educandas del Colegio de esa ciudad, que con su capellán habían venido á presentar al Libertador aquellas prendas y dineros para que las distribuyera entre los soldados que dieron libertad á su patria. En su alocución manifestaron: "que aquellas prendas y dinero eran fruto del trabajo personal de ellas y de sus condiscípulas; que no pertenecían al Colegio ni á persona alguna, y que pudiendo disponer libremente de aquellos intereses, los únicos que poseían, los ofrecían por prueba de su gratitud y en recompensa de sus fatigas á sus libertadores, á quienes conceptuaban dignos de los mayores homenajes, exigiéndoles tan sólo que se les permitiese reservarse el dote de la naturaleza: *la libertad!*"

Al pronunciar estas últimas palabras, se despo-

jaron de todas las prendas de que iban adornadas y las unieron á las otras para hacer la ofrenda más cuantiosa. Las mejillas de estas dos criaturas celestiales se encendieron, como sonrojadas, al mirarse desnudas de sus alhajas, y las gracias encantadoras de la naturaleza se presentaron con todo su esplendor, sin los adornos y atavíos del arte. El mismo Libertador enternecido y con voz entrecortada les contestó su discurso, "asegurándoles que quedarían satisfechos sus deseos y que los que habían arrostrado los peligros y expuesto su vida por la libertad consagrarían gustosos su existencia á formar sus hogares y hacer la felicidad de la más preciosa parte de la especie humana".

La tropa, agradecida á la tierna manifestación de las educandas, no tardó mucho en corresponderla. El estado del Tesoro Nacional había obligado al General en Jefe á retener en cajas parte del *haber* que mensualmente devengaba el ejército durante la campaña, y con este motivo tenía un alcance que iba á serle satisfecho en esos días.

Pero esa tropa, modelo de virtud y generosidad, no quiso recibir el dinero que le correspondía. Con un desinterés rayano en lo sublime se presentaron á sus jefes exijiendo que sus *haberes* se distribuyesen entre las educandas y los huérfanos!!

Escusado es decir que estos deseos fueron satisfechos inmediatamente con el aplauso de sus superiores.

LA INMORTAL SALAVARRIETA

Por aquellos días en que el Libertador de Colombia, Don Simón Bolivar, echaba los fundamentos de la Independencia de su patria; cuando él proscribía la odiosa tiranía, conteniendo el torrente devastador de la insubordinación y de la discordia, subía las gradas del cadalso en la Plaza mayor de Santa Fe (Bogotá) arrastrada por manos de tiranos, la heróica Policarpa Salavarrieta, mártir sublime de honor y libertad.

Ya desde el principio de la guerra se había visto con horror que las armas de Bóves, Zerberiz, Morales, Lizón, Zuazola, Aldama, Morillo, Antoñanzas, Yáñez y otros sanguinarios caudillos realistas, se ejercitaban no solo contra los valientes defensores de la Independencia, sino también contra el sexo amoroso y débil, digno siempre de estimación y respeto.

Pero, no se había levantado aún, en aquella sección del continente americano, un cadalso para ver morir en él á una mujer.

Estaba reservado á Don Juan Sámano, último

Virrey de Nueva Granada, dar la última prueba de execrable crueldad, sacrificando á un tiempo á dos amantes con todo descanso, y aun haciéndose lujo de tal iniquidad.

Moza elegante en denuedo, hermosa, de honestas costumbres y condición blanda y recatada, era Policarpa Salavarrieta, entusiasta por la libertad, que favorecía y daba auxilio en cuanto le era permitido á los patriotas oprimidos.

No es extraño, pues, que distinguiéndose por sus elevados sentimientos patrióticos, sentimientos que ni á los enemigos ocultaba, llegase á ser el blanco de la rabia de aquellos desalmados.

Toda la vigilancia inquisitorial del gobierno opresor había burlado, instruyendo circunstanciadamente á los patriotas, dispersos por las tropas del General Morillo, del estado de la opinión pública, de las fuerzas y operaciones del enemigo.

Policarpa amaba y era amada de Alejo Savarain, Oficial de la República, empleado por fuerza en el Estado Mayor del ejército español, quién le daba noticias de cuanto pasaba, noticias que ella á su vez trasmitia al General Santander que por entonces se sostenía con unos cuantos bravos en Casanare, confines de Venezuela y Cundinamarca.

La joven influyó en el joven á que huyera de la esclavitud. Ella misma dispuso lo necesario para su fuga, dándole de paso una interesante comunicación que debía entregar á los jefes republicanos.

Desgraciadamente Savarain fué sorprendido por los realistas en el páramo de Toquilla, y las cartas de que era portador vendieron á la Salavarrieta.

Luego que Policarpa supo esta ocurrencia, se



Policarpa Salavarrieta momentos antes de marchar al suplicio. — (Dib. de Vera y Cano).

presentó con entereza al Virrey, y le dijo que su amante, con quien debía casarse en breve, era inocente; que ella misma había extraído los papeles y persuadídole á que emprendiera el viaje, pero sin imponerle del contenido de lo que llevaba.

Interrogado Alejo, sostuvo, al contrario, que él era el delincuente y que aquella no tenía conocimiento alguno de sus intenciones.

Confrontados ambos, en un extenso interrogatorio, se mantuvieron firmes en el propósito de salvarse mútuamente y no denunciar sus cómplices.

Viendo los tiranos cuán inútiles eran sus esfuerzos por arrancar á esas dos almas generosas que se amaban entrañablemente un secreto de tanta importancia, el Virrey Sámano ordenó fueran sepultados en una mazmorra y se les siguiera causa militarmente.

Sustanciada la causa, al fin, un Consejo de guerra los condenó á ser fusilados por la espalda!! Qué ignominia!!

Policarpa Salavarrieta, recibió la fatal noticia casi con indiferencia. Su conducta hasta el momento mismo de expirar, enseñó á sus verdugos el grado de energía de que es capaz el verdadero patriotismo.

Las bellísimas estrofas que van á continuación, rememoran este crítico pasaje con mayor fidelidad y belleza que nuestra humilde pluma. Ved como se espresa el egregio poeta granadino, Don Rafael Celedón, á este respecto:

Mirad cómo se apresta tranquila al sacrificio
Pisando del cadalso las gradas sin temor,
La heróica, generosa, sublime Policarpa. . . . !

Tuviera en este instante del Rey Profeta el arpa
Para cantar su noble, su heróica abnegación!

Miradla entre la turba de pérfidos esbirros,
Cual tierna cervatilla que en círculo infernal
De perros se contempla. . . ! Mirad como la obligan
Con dádivas y ofertas! Asustanla, la instigan,
Queriéndola el secreto del pecho arrebatar!

Y en vano las ofertas, en vano las astucias,
Y del cadalso en vano la pompa funeral
Ostentan los verdugos, que firme cual la roca,
Mantiénese su pecho, y entreábrese su boca
Para clamar en alto, tan solo ¡Libertad!

Cuando se encaminaba al fatal lugar donde debía ser sacrificada, exhortó al pueblo que lloraba desconsolado y triste:

—No lloreis por mí,—les dice del modo más enérgico,—llorad por la esclavitud y opresión de vuestros abatidos compatriotas. Sírvaos de ejemplo mi destino: levantáos y resistid los ultrajes que sufrís con tanta injusticia.

Llegada al patíbulo, pidió un vaso de agua, pero observando que era español quien se lo traía, rehusólo diciendo:

—No; ni un vaso de agua quiero deber á los enemigos de mi patria.

El oficial de arcabuceros que la custodiaba, instóla entonces para que nombrase ella misma alguna persona de su estimación que la hiciera aquel servicio:

—Mil gracias,—contestó,—por una bondad que no puedo aprovechar, pues que el pasajero alivio de esta mi última necesidad podría quizás comprometer ante los tiranos á quien quiera que yo dispensase tal prueba de amistad... ¡Vamos á morir!...

Un momento antes de darse la señal de ejecución, se vuelve á sus crueles verdugos, y con espíritu tranquilo exclama:

—¡Asesinos! Temblad al coronar vuestro atentado. Mi sangre será bien pronto vengada por los libertadores de la patria!

Dos minutos después, Policarpa Salavarrieta y Alejo Savarain, presenciando mútuamente sus agonías, mueren arcabuceados, serenos, impávidos, aturdiendo con su firmeza á los españoles.

El pueblo estaba atónito. Ni un solo corazón sensible hubo que no llorase aquellas dos muertes prematuras; llanto sublime que se vertía á la presencia de tan noble sacrificio y en el recuerdo de tanto martirio.

Por una coincidencia singular, el nombre y apellido de esta ilustre cundinamarquesa se prestaron á perpetuar la memoria de su heroismo en este oportuno anagrama que hicieron los patriotas de aquella época:

"Policarpa Salavarrieta:
Yace por salvar la Patria."

¡Salud, mil veces, Vírjen de Colombia! Tu predicción se ha cumplido!

Desde la morada de los ángeles, te complaces en las glorias de América. Tu sangre pura fecundó su suelo, pues de cada gota ha brotado un héroe, y todos ellos heredaron tus sentimientos!

¡Salud! Salud, mil veces, oh! martir granadina!
Que muerte recibiste por noble por leal!
Si acaso aquí en tu patria renace el despotismo
Renazca en tus hermanas tambien el patriotismo
Y sepan generosas tus hechos imitar!

LA MARTIR SOCORRANA

Caliente aun el cadáver de la inmortal Salavarrieta, una nueva víctima sube al cadalso, inmolada por los realistas, á causa de sus sentimientos patrióticos y generosos no desmentidos ni aun en el instante supremo de su infame ejecución.

No dudamos que la historia de Antonia Santos, la mártir socorrana, será leída con gusto á la vez que con lástima, por su fin prematuro y trágico.

Admiradora de las grandes acciones, Antonia desde sus primeros años consagró especie de culto á los mártires granadinos y se propuso imitarlos. La época la favoreció en su empresa.

Corrían entonces aquellos días gloriosos y terribles en que peleaba sola la América española contra los representantes de Fernando VII, en que se luchaba con valor y se moría con dignidad.

Antonia Santos era el ángel protector de aquellos valientes granadinos, que en guerrillas formadas en los pueblos de Charalá, Coromoro y Casanare, sostenían en 1817 la causa de la independencia. Ella, con una abnegación sin límites, vendió

la mayor parte de sus joyas, sacrificó su caudal, reunió armas, municiones y víveres, y en fin, auxilió de todos modos á los independientes, escribiéndoles con frecuencia y excitándolos á que continuaran peleando.

Cierto día malhadado, uno de sus amigos á quién ella estimaba mucho y estaba al corriente de sus planes, abusó con infamia de la confianza que en él había depositado y la denunció al Gobernador.

Don Antonio Forminaya, hombre feroz, adusto y perseguidor, que en aquel año gobernaba el Socorro, enfurecido, la mandó aprehender.

Una vez en su presencia, la dijo:

—Señora, se ha denunciado á este despacho que usted auxilia á los insurgentes. Hay pruebas, pero mandé á llamar á Vd. para que declare si es cierto ó no.

—¡Es cierto!—contestó Antonia con firmeza —pero he cumplido con un deber.

—¡Cómo!— exclamó Forminaya— confiesa Vd. sin ambajes auxiliar á los insurgentes?

—No es insurgente, Señor Gobernador—replicó Antonia, parándose—quien combate por sus derechos y trata de adquirirlos á pesar de las crueldades de funcionarios implacables.

—¡Señora!—rugió el Gobernador. Y cuadrándose de pronto frente á su secretario, le ordenó:

—Haga usted poner cuanto antes á esta mujer en capilla y cuanto antes también le presten los auxilios espirituales que necesita, pues, por mi vida, será arcabuceada dentro de 48 horas en el sitio donde mueren siempre los rebeldes.

—Señor Gobernador—dijo entonces en tono sen-

tencioso la mártir socorrana—no olvide Vd. mis palabras: su poder concluirá pronto; la sangre derramada clama al cielo. Yo moriré, pero mi sacrificio servirá para producir la caída de la tiranía, en estas provincias. Repito, no olvide Vd. mis palabras.

Al día siguiente Antonia Santos estaba en capilla.

El Gobernador, que asustado había caído sobre su silla al oir las proféticas palabras de tan valerosa mujer, envió á su secretario con un mensaje:

—El Señor Gobernador—dijo á la señora Santos—ofrece dejar á usted libre y entregarle sus propiedades que se han mandado confiscar, si dá una lista de las personas que prestan auxilio á las guerrillas de Charalá, Coromoro y Casenare.

—¡Ah! con que el señor Gobernador me propone esto?—exclamó con irónica sonrisa—Pues, bien: diga Vd. al Gobernador que se engaña tristemente si piensa que yo puedo cometer una infamia tan grande como la que me propone. Dígale usted que aunque mujer y débil, no tengo temor alguno y no vacilo entre la muerte y la deshonra. Dígale usted que puede ordenar se prepare todo lo necesario para mi suplicio.

El secretario, asombrado, salió de la capilla.

A las ocho de la mañana del siguiente día. Antonia Santos salía de su prisión para el fatal banquillo, acompañada de su confesor. Un pueblo numeroso la contemplaba con respeto y dolor: todos sufrían, todos lloraban al ver aquella mujer, hermosa y joven aún, morir prematura y horriblemente.

Al llegar al banquillo se detuvo, y elevando la voz:

—Amigos, compatriotas míos, ruego á ustedes salgan de la plaza, dejando sólo á las mujeres. No desoigan ustedes la súplica de una infeliz que va á morir.

Poco después solo quedaban las mujeres y los verdugos. A las primeras les dijo:

—Acérquense ustedes, amigas mías!

Se aproximaron algunas. Antonia se quitó las joyas y las repartió entre ellas. Luego hizo que se retirasen, y sentándose en el banquillo, se amarró un pañuelo junto á los pies.

Un minuto después, palpitante el pecho de Antonia, gritó *¡estoy pronta!* con voz tan estentórea que resonó hasta en la casa del Gobernador.

Los verdugos también estaban prontos. Oyóse una explosión terrible; una densa nube cubrió por breves instantes á la víctima y á sus verdugos, y pasado el estruendo, el humo, el terror, vióse únicamente sobre el polvo de la plaza un cuerpo despedazado.

¡El alma de Antonia Santos había volado al cielo, donde la esperaban otras ilustres víctimas que sufrieron igualmente el martirio en holocausto de la libertad de América!

ENTERRADA VIVA

La historia de la independencia americana tiene rasgos sublimes en todos los géneros de heroismo que la harán admirable á los ojos desapasionados de la posteridad.

El episodio que vamos á narrar, comprueba una vez más que las virtudes cívicas de los que combatían por la libertad de América no estuvieron reducidas únicamente á la perseverancia y valor de que siempre dieron fe.

El 19 de Abril de 1810, la Junta de Caracas erigió en principio "el derecho de regirse por sí mismas las provincias de América, á falta de un gobierno general".

Los meses de Enero, Febrero y Marzo de aquel año providencial, se pasaron en espionaje é inquietudes. Los patriotas no podían reunirse sinó con grandes precauciones: de noche, en el campo, ó con pretextos plausibles, en casa de algún elevado personaje y de extensas relaciones en la sociedad. Aun concertaron festejar con pompa los cumpleaños y celebridades de familia para comunicarse más á

menudo, y con esta cubierta, sin peligro, en casa de la señora Juana Antonia Padrón, madre de los célebres generales Don Mariano y Don Tomás Montilla, mujer de elevado espíritu y de amable trato, á quiénes antes de partir en defensa de la patria, les dijo:

—No hay que comparecer en mi presencia, si no volvéis victoriosos!—cuyo adios recordará siempre la historia con caracteres indelebles.

Esta insigne patriota, en cuya casa tenían sus reuniones secretas los independientes desde mucho antes que estallára la Revolución, vivía en la misma ciudad de Caracas á inmediaciones de otra no menos insigne que prefirió *enterrarse viva* antes que soportar la presencia de los opresores y devastadores de Venezuela.

Fué en ese malhadado año 14, de tristísimo recuerdo por las fechorías de los jefes realistas, que la señora Doña Josefa Palacios, tía del Libertador Bolívar y viuda del valerosísimo General patriota Don José Félix Rivas, se condenó á un ostracismo voluntario durante todo el tiempo que permaneció su patria en poder de los españoles.

Sujeta á achaques de hidropesía y con el corazón henchido de lágrimas, se mantuvo aquella venerable señora por siete años encerrada en su habitación, acompañada de sus criadas, sin ver á nadie ni recibir otra visita que la del médico que la asistía.

El Libertador que tenía noticias de la situación de su querida tía y admiraba su patriotismo perseverante, habló al General Morillo sobre aquella en la entrevista de Santa Ana y le suplicó que á su re-

greso á Carácas la persuadiese á dejar su encierro, recomendándosela del modo más estrecho.

Morillo prometió que así lo haría. Y así lo hizo. Apenas llegó á Carácas, envió un edecán á manifestar á la señora Palacios el encargo que había recibido del General Bolívar y los deseos que á él le animaban de serle útil, acreditando la sinceridad de sus promesas.

La noble señora contestó con entereza cívica:

—Diga Vd. á su General que Josefa Palacios no abandonará este oscuro rincón mientras su patria sea esclava; que aquí seguirá hasta que los suyos vengan á sacarla, anunciándole que somos libres!

De nada sirvieron las insinuaciones de Morillo, repetidas por el mismo Morillo y por otras personas. La respuesta de la digna esposa de Rivas, fué siempre la misma.

No cerraremos esta página, con aplauso de las virtudes americanas, sin hacer mención especial de las señoras Soublette, Tovar y Toro, que errantes de isla en isla, trabajando con la aguja para ganar la subsistencia, dieron altos ejemplos de honradez y de virtud, y de la señora Luisa Cáceres, esposa del general patriota Arizmendi, linda joven de diecinueve años que prefirió los más crueles padecimientos y ser enviada á España, bajo *partida de registro,* antes que escribir á su esposo aconsejándole traicionase la causa de los patriotas, como lo pretendían sus opresores!

LAS GEORGIANAS DE AMERICA

La poética Guayaquil, la risueña sultanita de oriental ropaje que parece bañar constantemente sus bellos piecesitos en las ondas cristalinas del caudaloso Guayas, no ha sido solo patria de filósofos y poetas.

Su cielo azul y transparente cobijó la cuna de valerosas matronas, que el sábio Señor Humboldt denominó *Georgianas de América Meridional,* y cuyos nombres merecen también lugar prominente en el cuadro de patriotas americanas, pues son de las que desplegaron mayor entusiasmo por la Independencia.

La ilustre guayaquileña Doña Baltasara Calderón de Rocafuerte, modelo de esposas que cuidó con laudable celo defender la memoria de su noble esposo contra juicios apasionados de enemigos políticos,—y Doña Manuela Cañizares, mujer de varonil esfuerzo, de levantado espíritu y de mucho influjo por su gracia y hermosura como por el encanto y suavidad de sus modales,—no fueron las únicas ecuatorianas que lucharon con denodado patriotismo por la libertad de América, si bien la casa de esta dignísima matrona, en Quito, era el punto de reunión de los patricios que conspiraban con-

tra el despotismo español en aquella sección del continente americano.

A las muy nobles y distinguidas Señoras de Garaicoa, Aguirre, Icaza, Gimena, Plaza, Haro, Llaguno, Luzcando, Lavallen, Tola, Rico, Díaz, Camba, Calderón, Merino, Elizalde, Roldán, Gainza, Carbó, Avilés, Campos, Pareja, Urbina, Casilari, Morales, Gorrichategui y otras, les cupo por esa misma época figurar en la emancipación política de su país, distinguiéndose por su actividad, patriotismo y desinterés.

Ellas fueron constantes en sus sentimientos patrióticos, desde la primera insurrección de Quito en 1809, hasta la completa transformación política del Ecuador en 1820. Hicieron en Guayaquil, Cuenca, Quito y en los demás puntos, cuantiosos sacrificios, rivalizando siempre en desprendimiento, humanidad y valentía.

A falta de ejemplos que citar, nos conformaremos con exhumar un documento que, representando á las valerosas hijas del Guayas unidas en un contraste señalado, puede hacernos calcular cuáles habrán sido sus acciones aisladas.

En 1821, un año después de los acontecimientos que cambiaron la faz del Ecuador, el Teniente Coronel López, de la División auxiliar del General Colombiano Don Antonio José de Sucre, cometió la villanía de pasarse al enemigo con un puñado de soldados del batallón que comandaba.

Engreído el General Aymerich, último Gobernador español en Quito, con esta pasajera ventaja y varias otras que había obtenido antes subpreticiamente, marcha sobre Guayaquil, y desde las inmediaciones de la ciudad, el cínico traidor López se atreve di-

rijir á las señoras una proclama, exhortándolas á que se decidan por la causa del Rey de España y se preparen á recibirle con su tropa.

¡No faltaba más! Indignadas las generosas guayaquileñas por tanto atrevimiento y felonía, contestaron tan insultante papel en los siguientes términos:

¡Traidor! Aún te atreves á pronunciar los nombres de la inocencia y el pudor, después de haber profanado este suelo con tus crímenes?

¡Cobarde! Las pequeñas fatigas de una marcha corta, te atreves á poner en consideración de un sexo que las conoce y las desprecia?

¡Hombre detestable! Tu lenguaje es igual á tus intenciones y el desorden de tus palabras igual á la desorganización de tu alma corrompida. Huya para siempre de ella la victoria, que sería el triunfo de los vicios, y antes de experimentar ese día de horror, pereciendo el último de sus defensores, las damas á quienes hablas, encendiendo con sus propias manos esta ciudad, sepultarán su honor y su decoro en las cenizas de Guayaquil''. AGOSTO 18 DE 1821.

Cinco días después esta hermosa página que revela el temple viril de las hijas del Guayas, estampábase en *El Patriota* de esa Ciudad. Sabedor de ello el cobarde traidor López éste no se atrevió á penetrar en Guayaquil, perfectamente convencido de que si lo intentaba, ardería por sus cuatro costados la *Smirna Americana.*

Tan sublime rasgo de patriotismo, legó el nombre de las guayaquileñas á la posteridad!

LA GENERALA

Larga, muy larga es también la lista de intrépidas mexicanas que durante la guerra de independencia se distinguieron por sus acciones heróicas y generosas. Imposible sería hablar de todas y cada una de ellas en un artículo que no puede por su extensión ni encerrar sus nombres ni contar sus hazañas.

Nos contentaremos, pues, con consignar un recuerdo á *La Generala,* relatando un episodio que sobrepuja á lo heróico, que es casi sobrehumano, y que creemos no se ha repetido en ninguna parte del mundo civilizado, ni tiene siquiera puntos de contacto.

El hecho tuvo lugar durante el glorioso sitio, siendo su protagonista la esposa de Don Nicolás Catalán, uno de los más valientes defensores de la plaza.

En un pueblecito perdido en las escabrosidades de Xaliaca á Tlacotepec en el Sur, el General patriota Don Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban á sus órdenes el citado Cata-

lán y un puñado de valientes, pero la situación era tan crítica que la rendición se hacía esperar inevitablemente de un momento á otro.

No era que faltase el valor. Era que hacía algunos días las provisiones de boca se habían agotado y el desaliento por el hambre y la sed había invadido á los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza.

El General Bravo, todavía antes que rendirse, apeló al más supremo recurso de que pueda echarse mano en situaciones como la que atravesaban. Sacrificando sus sentimientos humanitarios que siempre le distinguieron, mandó diezmar á sus soldados para que comiesen los demás.

El trance era sencilla y horrendamente espantoso en su más alto grado. Pero el dilema era terrible: rendirse ó perecer.

Y ya la orden iba á cumplirse, cuando Doña Antonia Nava de Catalán, á quien acompañaba su amiga inseparable Doña Catalina González, se presentó ante el General seguida de un grupo numeroso de mujeres del pueblo, y con varonil acento y entereza de ánimo que sorprendió á todos, le dijo:

—Señor: venimos por que hemos hallado la manera de ser útiles á nuestra patria y á la causa que estamos obligadas á sostener y defender con nuestra propia sangre. No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados. La vida de esos hombres es más necesaria que la nuestra.

Y dando el ejemplo de abnegación sacó de entre las ropas un puñal y se lo llevó al pecho. Cien bra-

zos se abalanzaron á ella para arrancárselo de la mano, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime y único en los anales de la independencia.

Con las primeras luces de la mañana el desaliento huyó como los negros fantasmas de la noche. Las mujeres se armaron de machete y de garrotes y salieron á pelear con el enemigo.

Casi todos los insurgentes murieron, pero ninguno se rindió!!

No satisfecha la heroina, á quien llamaron desde entonces *La Generala,* por tan grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de uno de sus deudos que asesinado por los realistas había sido llevado á presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla manifestándole que por la patria aun mayores sacrificios debían hacerse, Doña Antonia Nava con voz entera y ahogando su dolor dirigió á Morelos estas sencillas pero elocuentísimas palabras:

—No vengo á llorar, no vengo á lamentar la muerte de este hombre: sé que cumplió con su deber. Vengo á traer cuatro hijos: tres pueden servir como soldados, y otro que está chico será tambor y reemplazará al muerto.

¿Qué otra cosa hizo Cornelia la madre de los Gracos?...

IV.

GUERRA CIVIL

LA DRAGONA

Al rayar el día de una mañana triste y lluviosa del mes de Septiembre de 1814, hallóse campado á inmediaciones del *Paso de Belén* el Coronel José María Lorenzo con ciento veinte dragones, una pieza de á cuatro y treinta milicianos de Gualeguaychú á las órdenes del Comandante Samaniego.

La columna expedicionaria se había puesto en marcha la víspera al entrar el sol, y llevaba orden del Coronel José Blas Pico. Gobernador Intendente de Entre Ríos, de batir en ese paraje á los artiguistas que al mando de José Miguel Chiribao infestaban con cuadrillas y partidas de bandoleros parte del territorio fronterizo á Corrientes, interceptando las comunicaciones de ambas provincias.

Tras la compañía de dragones iba una mujer, mestiza de color, alta, con el vestido arremangado hasta las rodillas... Esa mujer se llamaba Juana Montenegro y era la esposa de un dragón. No compartía de las fatigas de su marido, en clase de soldado, pero, de varonil carácter, gustaba de acompañarlo en todas sus expediciones y haciendo os-

tentación de un corvo sable ceñido sobre la pollera.

Al verla seguir la expedición, algunas compañeras pifionas ó soldados traviesos, solían decirle:

—A qué viene? Qué feo va á disparar! La víctima será el marido, que por defenderla se hará matar.

A lo que ella, sin ofenderse, contestaba de vez en cuando:

—A qué vengo? Ya verán... ya verán á lo que vengo.

Con las primeras claridades el Comandante Samaniego avanzó con sus milicianos hacia el lugar donde creía encontrar al enemigo: un monte espeso. No vió nada. Entonces para llamar la atención y conocer su paradero, mandó hacer unos disparos. Los artiguistas, que estaban cerca, en número de más de doscientos armados de lanza, sable y fusil, cayeron sobre él, trabándose el combate con todas las fuerzas de Lorenzo.

En lo más récio de la pelea se descolgó un fuerte aguacero que inutilizó las armas de fuego quedando en virtud de ello con superioridad los anarquistas, por su número. Fué entonces que el Comandante Lorenzo dió la voz de mando á su tropa:

—Carabina á la espalda, sable en mano y á la carga!

Y se lanzó con brioso empuje sobre el enemigo. Juana Montenegro desnudó también su sable, y al lado de su esposo se entreveró con los combatientes, ágil, entusiasta y valiente como el dragón más renombrado del regimiento. Derrotados y deshechos

los artiguistas, ella siguió encarnizada la persecución á través del monte, donde quedaron girones de su pollera, volviendo al terreno de la acción de los últimos, con un fusil arrancado personalmente á un enemigo y que entregó orgullosa á su jefe como trofeo de guerra y enseña de su valor.

—Para esto he venido!—dijo enseguida con altanería á los soldados que la aplaudían y victoreaban.

Trasmitido el hecho por el Coronel Lorenzo al Gobernador-intendente de Entre Ríos, éste, en su parte al Supremo Director del Estado, recomendó especialmente á Juana Montenegro, y el Gobierno del señor Posadas haciendo justicia al mérito premió á la oscura heroina perpetuando su nombre en un decreto, y "mandando que dicha Juana Monte-
" negro pase revista en el expresado Regimiento
" de dragones desde el día del ataque y que se le
" abone por toda la vida el haber de soldado, dán-
" dosele especialmente las gracias por su valor he-
" róico ".

Desde entonces esta valerosa mujer perdió en el Regimiento su nombre y apellido para ser sencillamente *la dragona.*

LA CATALANA VILAR

Hecho digno de figurar entre las patriotas americanas es el de la heroina Doña Jacinta Vilar, álias *la Catalana,* pues supo dar una prueba muy elocuente de patriotismo con su extraordinaria energía que logró abatir el orgullo de sus perseguidores.

A mediados de 1827, los imperialistas en represalia á los argentinos por la memorable acción de Ituzaingó, invadieron la Banda Oriental llegando hasta Maldonado, en cuya población cometieron depredaciones de todo género.

Algunos días más tarde, y en la madrugada del 20 de Junio de ese año, volvieron allí las guerrillas, llevando de baqueano á un vecino portugués cuya inícua misión era delatar á las familias no adictas al Emperador.

Después de inflinjir brutales castigos á respetables vecinos de esa localidad, las huestes imperiales, ébrias de pillaje y vandalismo, se dirijieron á la modesta vivienda de la valerosa patriota Doña Jacinta Vilar, madre de numerosa familia, con el

deliberado propósito de ultrajar su persona si no se prestaba á secundar los móviles que les guiaban.

Traspasada aun de dolor por la sensible pérdida de dos de sus hijos, el uno caído gloriosamente en Ituzaingó, y el otro, oficial de la División de Don Ignacio Oribe, hecho prisionero en Cerro Largo, esta benemérita mujer se atrevió á resistir por largo rato las cínicas pretensiones de los enemigos de su patria adoptiva.

—¡No seré instrumento servil de hombres tan odiosos como vosotros!—habíales gritado desde su habitación. Pero, viéndose obligada á franquearle la puerta, trás récios golpes y amenazas de muerte, presentóse en el umbral increpándoles duramente:

—¡Villanos! ¿Por qué venís á gozaros en mi dolor? ¿Qué os hice yo, débil mujer, para que os ensañéis conmigo? Dejadme! ¿Creeréis acaso doblegar mis sentimientos patrióticos, con vuestras miserables amenazas? ¡Salid de aquí, vampiros de la sangre! Respetad al menos el santuario del dolor de una pobre viuda...!

Una satánica carcajada acojió en coro las sublimes palabras de esta semi-mártir que con heroismo temerario se atrevía á desafiar á tan desenfrenada soldadesca.

El indigno jefe de aquella expedición, insensible á todo humano sentimiento, la hizo sujetar con sus secuaces, pretendiendo por repetidas veces violentarla á gritar *¡Viva el Imperio!*

Pero aquella ilustre patriota, á pesar de la ferocidad y ensañamiento de sus verdugos, que descargaban sin piedad alguna por todo su cuerpo furiosos rebencazos para reducirla á la ignominia de

aclamar el nombre de lo que ella detestaba, no solo se mostró inflexible, sino que tuvo el valor de encararse con el cabecilla de aquella horda y gritarle desdeñosamente:

—Descarga no más sobre mí todas tus iras y la de los miserables que te acompañan; sacrifícame si quieres en holocausto de tu venganza innoble, pero ten seguro, ¡oh, indigno soldado! que antes de pronunciar el nombre que pretendes, prefiero morir gritando *¡Viva la Patria!*

Bramando de coraje aquellos traidores ante la resistente energía de esta mujer excepcional, se alejaron de allí, dejándola amarrada, temerosos sin duda de que si quedaba libre, saliera en persecución de alguno de ellos.

Momentos después, ayudada de su numerosa prole que aterrorizada habíase refujiado en un corral vecino, consiguió libertarse de las ligaduras que la oprimían dolorosamente.

Este rasgo sublime de varonil entereza es digno por cierto de aumentar una brillante página á la historia de las heroinas de América que no desdeñarán asociar sus nombres al de esta europea que vióse precisada á alejarse de su hogar con una crecida familia para no ser víctima de nuevos ultrajes.

LA MARTIR DEL BRACHO

Hasta hace poco, vivía en la ciudad de Salta, una distinguida matrona santiagueña, en cuyo semblante bastante agraciado aún, se notaban huellas de incomparables sufrimientos. Esta valerosa argentina,—fuerte como la mujer del Evangelio,—era Doña Agustina Palacios de Libarona, conocida por *La mártir del Bracho,* en cuyo lugar había vivido casi tres años con su esposo víctima de crueldades inauditas, y que ella compartió heróicamente, presentando una muestra de fidelidad conyugal superior á todo elojio.

Ninguna pintura podría hacerse con más vivos colores, ni más patéticos detalles, que la propia relación de sus padecimientos, trazada por ella misma sin ninguna regla del arte, pero sí con la mayor naturalidad.

El esposo de esta heróica mujer, cuya narración haremos conocer á grandes rasgos, había tomado participación casi involuntaria en una fracasada revolución para derrocar al sanguinario Ibarra, Gobernador perpétuo de Santiago del Estero durante

la tiranía de Rozas. Abandonado Herrera por sus parciales veinticuatro horas después, Libarona viendo en peligro su vida, pretendió emigrar al Tucumán, pero el vaqueano que le acompañaba y en quien había depositado toda su confianza le traicionó villanamente á mitad de camino, entregándole á los sicarios del Gobernador Ibarra. Conducido á su presencia, éste ordenó, trás brutales castigos propios de salvajes, fuera conducido á *El Bracho*, paraje groseramente fortificado sobre la costa del Río Salado en esa Provincia, donde el famoso caudillo, durante los treinta años del reinado de terror en Santiago, enviaba para martirizar, desterrados á los más ricos y honorables santiagueños, víctimas de la codicia ó la envidia, la delación ó el odio.

Noticiada Doña Agustina Palacios de hallarse su esposo en poder de Ibarra, corrió á su lado dispuesta á compartir con él los padecimientos á que le condenaría el desalmado Gobernador.

Así que vió á Libarona atado de pies y manos, sangrando por todas partes y expuesto á los rayos de un sol canicular, nada ni nadie pudo contenerla para tratar de mitigar las penas de su desconsolado compañero. Ni las amenazas del centinela que la impedía acercarse, ni los récios culatazos de su fusil, ni puertas cerradas, nada, absolutamente nada, dejó por hacer esta heróica santiagueña, hasta que á fuerza de súplicas, lágrimas y muchos trabajos, consiguió se la permitiera acompañar en su destierro de *El Bracho* al desgraciado Libarona, para quién había la consigna de hacerle morir de hambre.

Mater dolorosa! Qué horripilante calvario la es-

peraba en ese aislamiento salvaje, cincuenta leguas tierra adentro, á que ella misma confinábase voluntariamente, lejos del cariño de su buena madre y de sus dos pequeñas hijitas!

El no lo había querido consentir bajo ningún pretexto, prefiriendo sufrir el doble dolor de privarse de la vista del ser que más idolatraba, así como de los cuidados que ella, amante, le prodigaría; pero, las lágrimas de su mujer le habían vencido.

Y comenzó la *viacrucis!* Libarona, trás tantas penalidades, al año escaso, se volvió loco de remate. En su inconsciencia, hería y maltrataba á ese ángel de piedad, de misericordia y amor que el cielo había puesto al lado de su cruel infortunio. Ella, que había vivido rodeada siempre de comodidades, soportábalo todo con estóica resignación en esas soledades espantosas del Chaco, donde no le llegaba ningún recurso, pues cartas, dinero, víveres y hasta medicinas, eran interceptadas por el Comandante Fierro, jefe de la guarnición, un bandido de alma tan atravesada como el amo á quien servía.

Cierta tarde, en que este se llegó hasta el mísero rancho de Libarona, del tamaño de un pañuelo, con el pretexto de aconsejarla en nombre *del Señor Gobernador* á que abandonase á su marido, cuando en realidad sus intenciones eran de otra índole, Doña Agustina contestóle con imponente altivez:

—Eso, nunca! Dígale á Ibarra que ni por hambre, ni por riesgo de tigres, ni de indios, abandonaré á mi Libarona, pues cuando yo muera por él habré cumplido con mi deber y con mi esposo; y así es que estoy resuelta á sufrir toda clase de trabajos que me imponga.

Poco tiempo después de esta ingrata visita, sintiendo la aproximación de indios logró arrastrar á duras penas al esposo amado y esconderse con él en un matorral vecino. Por la noche, volvió á su miserable choza, hallándola reducida á cenizas. Durante veinte días vivieron bajo un árbol, donde pudo por fin, trás ruda tarea, levantar otro rancho, no más cómodo que el anterior. Cerca de dos años vivió en él esta heróica mujer, sufriendo el hambre y la sed, temblando á todo instante de miedo al salvaje y á las fieras. Y sin embargo, su grande alma no parecía sorprendida en presencia de esos sufrimientos espantosos, y á la edad de veinte años, la joven esposa, madre, é hija, mostraba un coraje y una virtud de que ignoraba su propio precio.

Así vemos que exclama en el paroxismo de su dolor:

—Dios mío! Si al menos Libarona no hubiera perdido la razón, conocería la extensión de los sacrificios que acepto por su amor, y me vería consolada!

Por fin, los sufrimientos de esta mártir todo abnegación, todo cariño, tocaron á su término. Los esfuerzos del arte no creemos logren trazar con más vivos colores aquella última y dolorosa agonía de Libarona, del que huye varias veces la esposa como de un golpe superior á sus fuerzas, volviendo al fin hacia él para recojer su último suspiro.

Sólo el espíritu del Evangelio, ¡oh, sublime mártir! pudo dar á su alma esa elevación por el sentimiento del deber, ó más bien dicho, del sacrificio!

LA SARGENTO CANDELARIA

Era á mediados de 1837 cuando el Gobierno de Chile por agravios que á su soberanía habíale inferido el de la Confederación Perú-boliviana, le declaró la guerra mandando con la premura del caso una fuerte expedición para derrocarle.

A una humilde santiaguina, sin instrucción ni conocimientos generales de ninguna especie, pero con un valor á toda prueba, le cupo la gloria de tomar parte activa en esa memorable campaña, prestando importantes servicios á la causa de su país. Llamábase Candelaria Pérez, y tan pobre se hallaba en Chile en 1832, que se vió obligada á dejar sus lares, acompañando en calidad de sirviente á una familia que marchaba á establecerse en el Perú.

A los tres años y con algunos ahorrillos que había logrado obtener á fuerza de privaciones, se independizó de sus patrones, estableciendo un pequeño café en el Callao, al que acostumbraban concurrir asíduamente marineros chilenos, por lo cual sus compatriotas bautizáronlo con el nombre de *fonda chilena.*

Bloqueado el puerto del Callao por la escuadrilla chilena, el jefe militar peruano de la plaza dictó un bando prohibiendo terminantemente, bajo pena de muerte, toda comunicación con aquella. Pero la esforzada Candelaria supo encontrar un medio ingenioso para burlar tal prohibición. Disfrazada de grumete, metíase diariamente en uno de los *chinchorros* de un buque extranjero de estación en ese Puerto, logrando así tener al corriente á los marinos chilenos de las maniobras de los peruanos. Este espionaje sincero y patriótico no duró mucho. Delatada á la autoridad por una criada al servicio de su fonda, fué presa y encerrada en el horrible presidio de Casas-Matas, donde todo lo sufrió con santa resignación y firmeza hasta el día siguiente de la batalla de Guías en que el General chileno Bulnes, victorioso, puso en libertad á Candelaria y sitió el Callao.

Conocedora ésta de esa localidad, prestó á los sitiadores nuevos servicios, dirijiendo asaltos parciales y batiéndose con el denuedo de un veterano. Era un verdadero jefe, y casi no hubo un solo encuentro en que ella no tomara parte. En la refriega, exhortaba á los pusilánimes y curaba los heridos; en el campamento, cuidaba del rancho de los soldados y del forraje de las bestias. Por la noche, en las conversaciones *sottovoce* alrededor de los fogones, los soldados comentaban con entusiasmo las hazañas de esta valerosa mujer que excedían siempre á las del día anterior...

Terminada la guerra, el ejército libertador regresó á Chile, cubierto de laureles. La entrada en Santiago fué solemne y triunfal, destacándose como en

un marco de luz Candelaria Pérez, que con chaqueta de soldado y arma al brazo marchaba marcialmente al frente de su compañía ostentando las ginetas de Sargento.

Conocedor el pueblo de las heroicidades de esta incomparable mujer, no cesó de batir palmas en su honor doquiera que pasaba. El gobierno de su país, creyendo interpretar dignamente el sentimiento público, la elevó al grado de Alférez y le concedió una corta pensión de diecisiete pesos mensuales, con la que vivió pobremente hasta su fallecimiento ocurrido treinta años después de sus imponderables hazañas.

En la losa de su modesta sepultura, alguien, ¡alma grande, alma bella! mandó grabar estas piadosas estrofas que perdurarán tanto como el mármol ó como el bronce:

Yace bajo esta cruz, llave del cielo,
Una mujer heróica, extraordinaria,
Honra de Chile, en el peruano suelo:
La harto infelíz Sargento Candelaria
Recordando á Yungai con santo celo,
Alce el pueblo por ella su plegaria,
Y rinda al recordar su noble historia,
Llanto á sus penas y á su nombre gloria.

Bien merece pasar á la posteridad con todos los honores de la gloria quién como Candelaria Pérez se consagró toda entera al bien de su patria y de sus conciudadanos!

SUFRIMIENTOS DE UNA PATRICIA

El sencillo episodio que pasamos á relatar, prueba la modesta vida de nuestras damas patricias y los sufrimientos que soportaron durante las tristes horas de nuestro génesis nacional.

No es invención nuestra. El erudito historiador Don Angel Justiniano Carranza en su obra "El General Lavalle ante la justicia póstuma" lo confirma con datos sacados de unos apuntes de familia que le fueron facilitados, y se refieren á los afanosos trabajos que sufrió en vida la señora viuda del malogrado General Don Manuel Dorrego.

Hé aquí en síntesis el episodio á que nos referimos:

En los días que siguieron á la revolución del 1.° de Diciembre de 1828, salió la Señora Angela Baudrix de Dorrego con su familia á la Estancia de Wright en Punta Lara, donde se hallaba cuando ocurrió el fusilamiento de su esposo.

Noticiada de tan doloroso acontecimiento y bajo la más triste impresión vivió por algún tiempo, sin mayores recursos que los de un modesto pasar, á la

sombra protectora de su hermana política Doña Dominga Dorrego de Miró, pero cansada en los últimos meses de solicitar su montepío tuvo que resignarse á tomar la aguja, cosiendo con sus hijas día y noche para la ropería de Don Simón Pereyra que proveía por entonces al ejército, pues tenía que sostenerse y pagar setenta pesos de alquiler mensual por una de las casitas llamadas "de la Catedral" en la calle San Martín, sin embargo de que estaba en manos del gobernante librarla de ese oneroso gravámen.

Así permaneció diecisiete años aquella hermosa cuanto desventurada señora, hasta que en 1845 el tirano le envió un emisario manifestando el deseo que tenía de poseer las charreteras y la banda de Gobernador de su difunto esposo.

La rica espada obsequiada al Coronel Dorrego por su amigo el Brigadier Azcuénaga ya había sido presentada á Rozas en nombre de aquella señora en Noviembre de 1829, quién al recibirla consignó bajo su firma: *No olvidaré jamás á la viuda é hijos de Dorrego*... Así es que la pobre viuda no vaciló en mandarle en el acto aquellas codiciadas prendas que era lo único que había salvado en el naufragio de su hogar, aprovechando al mismo tiempo la oportunidad para reiterar anteriores súplicas, en tuición de su derecho, á una pensión cualquiera que pusiese remedio á tanto desamparo.

El patriótico desprendimiento de la Señora Dorrego, tuvo su recompensa merecida. Recordando Rozas su antigua promesa, le asignó entonces la cantidad de trescientos pesos mensuales, y le mandó abonar la de cincuenta mil pesos moneda corriente

por cancelación de todo reclamo pendiente por sueldos atrasados, créditos á cobrar, etc.

Tomen ejemplo muchas viudas en el presente que



«Tuvo que resignarse á tomar la aguja . . . .»
DIB. DE FORTUNY

creen desdoroso el trabajo de la aguja y asaltan al tesoro público, pidiéndole constantemente aumento de pensiones ya de suyo crecidas.

UNA HEROICA TUCUMANA

Entre el desfile de hechos bárbaros y heróicos que se desarrollaron durante la tiranía de Rozas, alguna figura de mujer interviene en ellos, como para demostrarnos con su bondad y ternura que aún flotan sobre la cólera universal sentimientos nobles y generosos.

Podríamos citar varios, como el de Doña Juana Rivero de Silveira, conocida por la *Pola Unitaria*, y el de la Señora Dolores Mayer, ambas renombradas mujeres por su energía y valor contra la tiranía; el de Doña Martina Pando, víctima expiatoria de los seides del tirano; el de la Señora Salvadores, que por muchos años tuvo oculto en un sótano á su marido, sufriendo ella miserias y vejámenes; y el de otras infinitas de distinta categoría, todas con valor y firmeza de carácter, más ó menos notables.

Pero nos concretaremos al más sugestivo y al que mejor enseñanzas ofrece de piedad cristiana, abnegación y entereza cívica.

Doña Fortunata García de García, que la leyenda popular presenta como fuerte esposa, madre

ejemplar y patriota decidida, que arriesga la existencia por defender la causa de su partido y evitar nuevos ultrajes á los tristes derrotados, es la digna matrona que va á ocupar nuestra atención.

El hecho es conocido, pero ahora, más que nunca, es digno de recordación:

Después de la batalla de Famaillá ó Monte Grande, Oribe queda dueño del Norte. El General Gazcón se apodera de Tucumán, y camino de Salta huye Lavalle, ordenando al Comandante Sandoval que se incorpore al Gobernador Don Marco M. de Avellaneda para seguir la retirada. Sandoval traiciona á todos y los entrega poco después en Metán al Coronel Maza, quien los manda degollar. La cabeza de Avellaneda es colocada allí mismo sobre un poste, y al día siguiente, atada con unos tientos al recado se la llevan á galope hasta Tucumán, en cuya plaza estuvo expuesta quince días consecutivos en la punta de una lanza.

La señora de García, ya notable por el raro coraje con que arrostraba sus opiniones políticas á la faz de todos sus enemigos, concibe entonces la idea de salvar la cabeza del mártir de la profanación de sus vencedores, y darle cristiana sepultura.

Era su huésped el Coronel Carballo, uruguayo, á quién Gazcón había nombrado jefe de la plaza,—militar muy honesto y distinguido por la corrección de sus maneras y la delicadeza de sus sentimientos y que correspondía con verdadera afección á las atenciones de Doña Fortunata, quien bajo la égida de su caballerosidad había puesto el hogar de sus tiernos hijos.

La noche á que hacemos referencia, en una hora

que podríamos llamar la hora del heroismo, la señora García se atreve á pedir á su huésped un acto de humanidad.

—Si usted me facilita el medio,—le dice—estoy resuelta á robar la cabeza de Avellaneda. Sólo mis hermanas y Fray Romero se hallan en el secreto. Quiero salvar siquiera la cabeza del mártir y evitar á Tucumán el honor de verla coronando una pica.

Al cabo de súplicas, Carballo consintió en la ejecución de tal proyecto, no sin contestar con cierta melancolía:

—Está bien, señora, pero me fusilarán por que faltaré á órdenes terminantes.

Al siguiente día, y después del toque de oración, Doña Fortunata acompañada por sus dos hermanas Cruz y Trinidad, atraviesa como una sombra la plaza y bajando de la pica el sangriento trofeo lo envuelve en un finísimo pañolón de espumilla. Llegada á su casa, donde lavó y perfumó con cariñosa solicitud la cabeza salvada, guardóla piadosamente en un cofre, siendo trasladada después al Convento de San Francisco, en cuyo altar mayor fué sepultada.

El Coronel Carballo fingió caballerosamente ignorar quienes eran los autores del hecho, y cuando á la mañana siguiente se registraron todas las casas de Tucumán en busca de la cabeza de Avellaneda, la heróica matrona, con magnífica audacia, pudo decir á los soldados:

—Comiencen por esa caja! Es la de mi ropa de uso!!

Nadie se atrevió á tocarla, y la ilustre cabeza se salvó de la profanación.

No es este que acabamos de relatar el único acto

heróico en la vida de Doña Fortunata García, pero con el presente basta y sobra para declararla acreedora á la más ámplia gratitud nacional.

En el hogar y en la escuela el nombre de esta heróica tucumana será recordado por siempre como un modelo de virtud y de civismo.

LA HIJA DE ZITACUARO

Era un sábado de gloria del año 1865...

La bella vírgen de las montañas michoacanas,—la esforzada Zitácuaro,—heróica villa renacida de sus cenizas para ser de nuevo épico baluarte de la libertad—después de resistir cuatro años los vejámenes del invasor austriaco, caía gloriosamente, desplegando su bandera nacional á la misma hora en que se arriaba en los demás estados mexicanos.

Reducida á escombros y cenizas por una formidable lejión de belgas que las tropas republicanas, inferiores en número no pudieron repeler, los secuaces del vástago de Hapsburgo se habían entregado al más odioso pillaje.

En medio al ensordecedor ruído del incendio y de la barbarie más repugnante, al que se mezclaban los ayes de los moribundos,—enfermos y decrépitos en su mayoría que no habían podido salvar el círculo de fuego,—oyóse por algún tiempo un grito lejano y débil que, como lamento sostenido de agonía, venía á morir al pie de la ciudad heróica. ¡Era la población refugiada en los cerros, que al ver con-

vertido en llamas sus hogares y reducidos sus bienes á ceniza, sentíase orgullosa en este sacrificio, repitiendo sin cesar: *¡Viva la República! ¡Muera el usurpador!...*

Días después de tan sangriento episodio, la titulada emperatriz Carlota sintiendo conmoverse sus maternales entrañas, despachó á uno de los mercenarios de Maximiliano con tres mil pesos del tesoro, para que los repartiese entre los infelices de Zitácuaro.

Esta feliz circunstancia vino á poner de relieve un hecho digno de figurar en los anales de la antigua Esparta.

La primera víctima que hizo comparecer á su presencia el emisario de la emperatriz, fué Doña Francisca A. de Isazaga, viuda y madre de numerosa familia que había quedado reducida á la más lastimosa miseria.

—Señora,—la dijo, creyendo buena la oportunidad de dar comienzo á la magnanimidad imperial, —conozco vuestra aflijente situación por referencias de vecinos, y como quiero ofreceros los medios de aliviarla siquiera temporariamente, en nombre de mi augusta soberana, la emperatriz de México, os invito á extender un recibo por la cantidad que creais necesaria.

La dignísima matrona entonces, con la modestia propia de la virtud y sin altanería, pero con acento severo, contestó:

—Señor: yo no puedo aceptar ni un óbolo de la limosna que me ofrecéis, por que creo que mi dignidad y mi honra de hija de Zitácuaro, padecerían en ello. Estoy en la miseria, es verdad; mis hijos care-

cen de lo más estricto,—y en esto está usted bien informado,—pero yo estoy contenta con mi suerte y con sufrir en unión de mi pueblo, y mis hijos lo están también. Este contento se trocaría en vergüenza y en pesar si yo aceptase para aliviar mis males los medios que me ofrecen los enemigos de mi patria...

—¡Señora!—pretendió interrumpir el traidor que la escuchaba.—Es decir...

—...que no acepto nada de los enemigos de mi patria!—concluyó la Señora Isazaga, recalcando un tanto sus palabras. Alguna vez la República triunfará ¡así lo espero! y entonces los míos tendrán cuidado de reparar mis males y los de mis compatriotas. Usted considerará esto, no como la expresión de una vana soberbia, sino de los sentimientos de patriotismo que creo sabrá usted respetar.

Sorprendido el emisario imperial de respuesta tan espartana, y respetando aquella grandeza de alma, desesperó hallar en Zitácuaro en quien ejercer la beneficencia de su emperatriz, por lo que, levantando sus tres mil pesos, retiróse de allí todo avergonzado y confuso.

La heróica Señora de Isazaga, honra y prez de su patria y de su sexo, no vive ya en el valle de Michoacán: está en la inmortalidad!

Recordemos su nombre! Honremos su memoria!

INDICE

III. EMANCIPACIÓN AMERICANA

IV. GUERRA CIVIL





